

CELCIT. Dramática Latinoamericana 373

SEIS MONÓLOGOS DE PELÍCULA

Néstor Caballero

PERSONAJES: M () / F (6)

Elba

Rosana

Alicia

Sofía

María Cristina

Gladys

NACE UNA ESTRELLA

(Elba está sentada al borde de una escalinata en el interior de una casa. Tiene entre sus manos un grabador. Se escucha música folklórica chilena que sale de una guitarra. Elba llora quedo. Apaga el grabador. A un lado de Elba, una guitarra).

ELBA: Me mentiste, Víctor. Me mentiste. Sí... sí... lo hiciste. Yo... te creí... yo confiaba en ti... pero... pero es cuestión de signos, te lo dije. Tú eras Cáncer y yo Leo... no somos afines. Tú sólo sonreíste... con... con esa risa tan... tan desvelada... tan de insomnio... tan de otra música... tan de pequeño animal que abriga tanto... tanto... y ahora ¿Ahora? (Transición. Elba camina alegre). ¿Yo? (Apenada). Cantante. (Escucha). Elba Helena. (Escucha). No, no. Está equivocado. De Troya no, de aquí mismo, de Santiago. ¿Y usted? (Apenada). Es que me cuesta... está bien... está bien... ¿Y tú? (Escucha). Víctor... Víctor... bonito nombre... Víctor, Víctor... parece una vela larga, larga... Víctor. (Ríe). No, no, perdón, no me refería a esas velas sino a las de barco. ¿Te gustan los barcos? ¡Ah!, eso es muy bonito. A ti te bogan los caminos. (Pausa corta). ¿Yo? Elba... Elba por mi mamá y... y... Helena... por... no sé. (Ríe). Es que... perdón... es que... me da pena decírtelo... bueno... está bien... me decían Ícaro cuando pequeña. No... no... no era por ser esculpida por el sol... no... mis pies tampoco eran alados... no... es que me caí una vez del techo de una casa y... y una vez me salí por la ventana y... y era la ventana del colegio y... pues que era un segundo piso... no, no

sé qué me pasó... tal vez estaba apurada, ¿no crees? Mi abuelito me puso el sobrenombre de Ícaro. (Transición. Se entristece nuevamente). Y ahora... ahora me llega esto... (Saca un casete de una bolsita. Lo coloca en el reproductor pero no lo enciende). Víctor... Víctor... fue tu guitarra la que me hizo el amor aquella noche. (Transición. Recuerda). Tienes unas canciones muy lindas, pero dolorosas. (Pausa corta). Compone una canción para mí, Víctor. Una canción... una canción pero que no hable de balas, ni de guerras, ni que el verde olivo siempre es canalla. Yo... yo quiero ahora una canción de nosotros, yo la quiero cantar... yo... (Transición). Pero no... no... esa guitarra tuya siempre se quedó alerta... en vigilia... como mirando hondo bajo la tierra, en guardia, esperando los caballos y los petos, que se aprestaban, según tú, a subyugarnos... (Transición). Víctor... Víctor, te tengo una sorpresa. (Espera). Estoy embarazada. (Ríe). Sí... sí... deja Víctor, no me hagas cosquillas... sí... sí, mi vientre es una balada... Víctor, Víctor es hermoso que el vientre nos cante, que dentro de él se mueva un paisaje de luz, un alba de alamedas y riberas, es sentir que ha prendado el beso... tus besos en mis costados... es sentir que solfeaste en mi piel... mi vientre es tu escenario ahora, Víctor... ven, agáchate.... Así... así... así... cantemos a nuestro hijo... sí... sí...

(Toma la guitarra y canta).

Tus manos, manos manitas
desde mi vientre
tanteando días.
Tus manos, manos manitas
despertando lunes
es un consuelo.
Ellas vendrán
trayendo racimos
pasos y cielos.

Y yo
con tu guitarra
siempre en vigilia
espero alerta
el paso de la fiera
por nuestra puerta.

Ven pronto con tus manos
sostén mi vida
sostén mi canto
que lobos nos acechan
para callarlo.

Ven que yo te espero

cambio de guardia
para entregarte
con cuerdas nuevas
grito y guitarras.
Ven que yo te espero
siempre alumbrando
ven que yo te espero
siembra mi canto.

(Transición. Llora). Nos mentiste, Víctor... nos mentiste. ¿Cómo explicárselo a nuestro hijo, Víctor? ¿Cómo explicárselo a nuestro canto? ¿Cómo explicarle en su cuna que tu voz se hizo sospechosa, olímpica, tanto que tuvieron que encerrarla en un estadio? Que yo quería verte, que yo les hablaba de nuestros signos zodiacales... les hablaba de la partitura que tenías que terminar escuchando mi vientre y... y no me dejaron verte... rogué... le pedí a Dios... a Dios, Víctor... a Dios que aturdido me dio la espalda. Me tomaron las huellas digitales y por ahí, por esas líneas que manchaban el papel, querían entender, en vano, el por qué de tus canciones. Ahora sé, Víctor, que cansados de mis manos fueron a las tuyas y... y se las llevaron para segarlas, para imprimirles sellos y precios, para separar de ellas las lluvias y los cantos. Víctor, Víctor, tú me dijiste que esto era un para siempre, que no te ibas, que te quedabas, pero el trueno arremetió contra tus manos y has partido... te has ido, Víctor y yo no sé qué hacer con tantos cantos. (Enciende el grabador. Se escucha la voz de Víctor).

VOZ DE VÍCTOR: Ícaro... Ícaro... estoy aquí... en el estadio. Anoche... Enrique, otro preso, se quitó los zapatos y con ellos nos ofreció una función de títeres. (Ríe). Sí. Se puso un zapato en cada mano y nos hizo una función. Todos reímos... sí... reímos y, por primera vez, el miedo y el dolor nos abandonaron por un instante. (Pausa corta). Ícaro, escucha, los militares se llevan gente de este calabozo, de este inmenso calabozo improvisado... y no los regresan. A los que se llevan, no vuelven más. Ícaro, los militares hablan con lenguas de erizos, mordientes. Dicen, que tienen al Todopoderoso a su favor, desde hace siglos. Escucha, escucha Ícaro, los militares aún no me han reconocido. No duermo, Ícaro, de repente entran, nos apuntan con sus armas, leen una lista y van sacando a los que jamás volverán. No duermo. Cuando apenas lo hago unos minutos, el sueño es un espantajo, viscoso, rojo, que grita de dolor y me despierto y... y no es un sueño... escucho los gritos... escucho los disparos... escucho el silencio que hiere más aún. Ícaro, lo que quiero decirte es que luego de esa función de títeres que Enrique hizo con sus zapatos, luego de ella es que comprendí el valor de un canto. Ícaro, debo cantar, entiéndelo, debo cantar para que mi voz no se pierda ante tanta pesadilla. Pero debo cantar para que nazca una estrella que ahí, en los cielos, noche a noche, nos recuerde que a veces, los seres humanos, nos convertimos en la peor pesadilla de nosotros mismos. Sí, una estrella. Si no canto, el silencio será su grito de triunfo y nadie sabrá de este infamia, de esta

degradación, de este desprecio que tienen por la vida de los que no pensamos como ellos. Entiende, Ícaro, un militar por más armas y cómplices que tenga, nunca será un canto. Tengo que cantar, Ícaro, hay que hacerlo, para que los militares no puedan llevar su silencio de hiel hacia el futuro. Yo regresaré, Ícaro, yo regresaré, pero no como yo, sino como un canto. Besos a nuestro hijo por nacer, tu Víctor. (Se escucha una ráfaga de disparos, estruendosa. Apagón rápido).

MANHATTAN

(Todo en la atmósfera es gris, con matices de blanco y negro. Casi en penumbras pues aún no ha amanecido. Parodia la imagen de la película "Manhattan" de Woody Allen.

Lejanos sonidos automotores se confunden con el débil murmullo del río.

Al fondo y a la distancia: Puente de Brooklyn. En el lateral izquierdo hay un poste con las señales "Tow Away Zone" y "No standing any time".

En el lateral derecho hay un matero de concreto con un pequeño arbusto de escasas hojas.

Una baranda de metal da hacia el río y lo separa de un corredor pavimentado para caminar o trotar.

De espaldas al público, en un banco de tres listones, está sentada Rosana, lateralmente, en el extremo izquierdo del mismo. Se encuentra muy calmada, esperando. Luego de un tiempo, se escucha a alguien que viene trotando. Rosana se inclina, bajando el torso. Por el corredor pavimentado llega Raymond, terminando de trotar. Raymond se detiene fatigado. Raymond no ha visto aún a Rosana. Raymond mira hacia el puente y disfruta de su vista. Luego de un momento, Raymond se dirige al banco para descansar. Rosana, de repente, aún sentada, sube el torso y estira los brazos hacia arriba en actitud triunfante y haciendo un sonido de fanfarria. Raymond retrocede, asustado. Rosana ríe.)

ROSANA: No te asustes, Raymond. Soy yo, Rosana... o al menos soy lo que queda de ella. (Raymond, asombrado, no sabe qué hacer). No, Raymond, no estoy muerta, como seguramente creías. (Raymond, desde su sitio, se muestra perturbado). Cálmate, Raymond. Haz una respiración profunda. Vamos, hazlo, eso siempre te calmaba antes de salir a bailar. (Raymond, buscando calmarse, de seguidas toma aire, profundo, levantando los brazos y luego lo expulsa dejando caer el torso hacia delante y los brazos, distendidos, a los lados. Así se queda abajo, un tiempo. Va subiendo el torso muy lentamente). ¿Ya estás mejor? (Raymond, tímidamente, afirma). Me alegra. Ahora que estás más sereno, te lo contaré todo. No tomará mucho tiempo, tu rutina de halcón no se verá afectada y así podrás sentarte aquí, como siempre, para ver el amanecer desde el Puente de Brooklyn. Ven. (Raymond no se mueve). Raymond, por favor, no tienes nada que temer... y menos ahora. (Raymond pareciese que va a sentarse en el banco,

avanza medio paso, pero se detiene). Hazlo para que te enteres por qué desaparecí. ¿No te interesa saberlo? (Raymond, temeroso, afirma). Entonces ven y siéntate, aquí, conmigo. (Raymond sigue temeroso. No se decide. Luego de pensarlo, va al banco y se sienta al filo de este y al extremo de donde está Rosana. Raymond mira a varias partes, está a la defensiva como dispuesto a echarse a correr de un momento a otro. No se atreve a mirar a Rosana fijamente). ¿Sabes, Raymond? Cuando era niña, mi mamá me sacaba a caminar. Yo salía tomada de su mano a pasear por Nueva York. Un día de esos, de repente, me inventé que esta no era una ciudad, sino que era un bosque y yo era un gorrión. (Ríe). Sí, yo era un pequeño gorrión y a brinquito y desde abajo, veía y oía el bosque. (Pausa corta). Contemplaba los distintos colores de las personas que se aproximaban y me pasaban por el lado. Gente amarilla, gente azul, gente roja. ¡Los oía! Eso me encantaba, escucharlos. Unos hablaban inglés, otros italiano, otros español, otros árabe, chino, qué se yo. Eran tantos los idiomas en los que conversaban que yo, como no sentía que vivía en una ciudad sino en un bosque y me creía gorrión, pues no los veía como personas sino como pájaros. Para mí no eran idiomas lo que hablaban, sino que eran miles de gorjeos los que me cruzaban, rasantes, por un lado. Siempre oía trinos. Tal vez por eso, cuando crecí, me hice dramaturga, para descifrar, con mis diálogos, las tonadas de tantos canturreos. (Pausa corta). Crecí. Llegué a adulta y Nueva York aún seguía siendo mi bosque. Sus aceras eran para mí, senderos y atajos verdes. Sus edificios, enormes, eran arboledas grises, castañas, pardas, rojizas. (Ríe). Después nacieron árboles de cristales azules, escarlatas, naranjas. (Pausa corta). ¿No te parece, Raymond, que las aceras de Nueva York, día a día, como que se achican? Sí, sus aceras pareciesen hacerse cada día más angostas y tratamos de no hablar y mucho menos de rozarnos. No nos rozamos. Es como que si en el alma se nos cerraron puertas por donde antes invitábamos a los otros a entrar. (Pausa corta). Claro, igual seguimos contándonos la vida en distintos idiomas y cruzando Nueva York a toda prisa. Pero, ahora, andamos también como buscando un gigantesco umbral por donde huir de la ciudad. He descubierto que el umbral no está, no se consigue, estamos prisioneros, adentro, bien adentro. Cada uno es su propia jaula. Pero también somos como una hendija por donde se entra y se sale de Nueva York. (Pausa corta). Antes, cuando era niña, cuando paseaba con mamá, yo veía que cada quien se agachaba a recoger de las aceras su poquito de alpiste donde perpetuamente había un sueño bonito, un sueño por venir. Ahora caminamos por esas aceras desasiándonos, como de un carapacho, de los sueños colosales que jamás alcanzaremos. (Ríe). ¡Ah, y sus noches, Raymond, las noches de Nueva York! Antes, como para mí no era ciudad, sino que era bosque, los taxis no eran taxis sino miles y miles de cocuyos que nos iban alumbrando el follaje para regresar al nido. (Pausa corta). Ahora la noche es otra cosa. Taxis que se escabullen... cocuyos que no se detienen para alumbrarnos... Ojos turbios... Ojos mirando, con miedo, siempre hacia arriba. Y ya no hay trinar, sino un quejido que brota de los callejones en penumbras. De los callejones, Raymond, donde reposan, juntos, hambre, basura y belleza. Ahí, en esos callejones, el gemir de

seres derrotados. Ahí, en esos callejones, hombres, mujeres y niños, defendidos solamente por perros erizados de dientes amenazantes. Las noches de Nueva York... los transeúntes que regresan del trabajo, siempre cargados con bolsas y paquetes, siempre comprando algo... Las prostitutas, apresuradas, corriendo hacia los autos que se detienen un segundo. Las prostitutas trotando hacia ellos en los ritmos entaconados del amor. Y, de inmediato, entre la sed y el hambre de penes, desbocando sus caderas, llegan los gays y los travesti con la nariz goteante. Luego, con las manos en los bolsillos y en un andar tambaleante de lado y lado, aparecen, desde las sombras, los traficantes. Pero... de repente, todos huyen. Sí, huyen los autos que se detuvieron un segundo. Huyen las prostitutas, los gays, los travesti, los traficantes. Huyen los transeúntes que regresaban de sus trabajos, dejando tiradas en las aceras sus paquetes y sus bolsas. Huyen los hombres, mujeres y niños que viven en los callejones y hasta el perro que los defendía huye con el rabo enroscado entre las piernas. Toda la ciudad huye, despavorida, mirando hacia el cielo, al apenas escuchar el murmullo de un avión. De inmediato las calles y avenidas y los callejones se quedan vacíos y sólo el viento silba abriéndose paso entre el humo desolado que brota de las alcantarillas. (Pausa corta). Antes, cuando para mí no era ciudad, sino un bosque, los aviones no eran aviones, sino cisnes de plumas brillantadas buscando un nidal tibio. Ahora no. Ahora, aquí, abajo, el miedo es el único plumaje del corazón. Antes, Raymond, antes, aquí, abajo, no había miedo del hombre dorado y la mujer dorada, ni del hombre azul y la mujer azul, ni del hombre rojo y la mujer roja. Antes, aquí, en Nueva York, las aceras caminaban aromadas de todas las razas de la tierra y... no había miedo. No era ciudad, era bosque, y las aceras eran un vasto huerto de nacionalidades donde escogíamos nuestra fruta y la propia compañía para volar y siempre había espacio para el hombre y la mujer multicolor y había espacio para el bullicio, para quien amaba la algarabía, y había espacio para la música, para quien amaba los infinitos solfeos de pieles y de razas y creencias. Pero... hoy... ya no es así. ¡Hoy Nueva York es nostalgia y extrañeza y fuga y terror! ¡Y arriba, ahora, los avisos de neón no dejan sitio más a la vista! ¡Y arriba, ahora, pareciese que hay un cielo de aviones dando vueltas y apuntándonos! (Raymond se levanta y camina para irse). No, no, Raymond, no te vayas, por favor. (Raymond se detiene quedando de espaldas a Rosana y observando, con temor, hacia el cielo). No te he dicho todo esto para angustiarte, sino porque quiero que me comprendas. Quiero que comprendas mis martes y en especial ese martes. Sí. Mis martes que tanto te molestaban porque no sabías a dónde me había ido. Ahora te lo diré. (Raymond se gira y la mira). ¿Raymond, tú has visto, alguna vez, un cementerio de pájaros? (Raymond se extraña). Sí, Raymond, un cementerio de pájaros. ¿Lo has visto alguna vez? (Raymond niega). Nadie lo ha visto. ¿Y sabes por qué? (Raymond, mientras Rosana habla, va lentamente hacia al extremo del banco y se sienta). Nadie lo ha visto porque aquí, en la tierra, no hay cementerios de pájaros, Raymond. Y no los hay porque ellos, los pájaros, no abandonan a sus aves muertas. No lo hacen. Al morir un pájaro, se lo llevan en su pico y lo elevan alto,

alto, más allá de las nubes y luego lo dejan caer y el ave muerta se va desplomando, derrumbándose, desplumándose, deshaciéndose y a medida que cae se va transfigurando en brisa. Por ello, cada vez que un pájaro vuela, lo hace con respeto y reverencia, pues sabe que la brisa es un cementerio de aves muertas. Nosotros, en ese respeto y reverencia, jamás hemos podido parecernos a los pájaros. No. Nosotros, a nuestros muertos, los olvidamos. Imagínate, Raymond, sólo imagínate que moriste como... como... a los setenta años. ¿Te parece? (Raymond niega). Bueno, digamos entonces que moriste a los ochenta años. ¿Estás de acuerdo? (Raymond, aunque afirma, lo hace con un dejo de insatisfacción). Está bien, Raymond, digamos pues que moriste a los cien años. (Raymond lo piensa y de seguidas hace un leve gesto de conformidad. Rosana ríe). Perfecto, moriste a los cien años. Ahora bien, llevas muerto... digamos que como veinte años. Y tu tumba está inmunda, casi derruida. Y tú ahí, abajo, triste, porque quién te asegura que luego de uno estar muerto no hay tristezas. Entonces, de repente, sientes que alguien limpia tu tumba, que le coloca flores y que luego una voz, acompasada, de mujer, dice una oración por ti. Y después, después, Raymond, esa mujer te llora. ¿Ah, qué te parecería si eso te sucediera? (Raymond, afirma, entusiasmado por la idea). ¡Sí, Raymond, de pronto, esa mujer te sorprende con su llanto! ¿No te emocionaría eso, Raymond? (Raymond, afirma, feliz). ¿Ves que sí? Por supuesto que te emocionaría. Ay, ay, pero... pero... pero... (Raymond, preocupado, se acerca, aún sentado, un poco a Rosana). ¡Pero quedarías intrigado! Muy intrigado. ¿No es así? (Raymond hace rápidas afirmaciones con la cabeza. Se acerca aún más a Rosana). Tal vez te preguntarías, por ejemplo: "¿Pero quién es esa mujer que me llora tanto?" "¿Cuándo la conocí?" "¿Será una antigua amante que ya no recuerdo?" Sí, entonces, satisfecho por ese llanto de mujer que te extraña tanto, tantísimo, te preguntarías: "¿Quién es esa mujer que, cómo todas la que me amaron, aún no me olvida?" (Raymond, inmensamente feliz, sonrío y afirma). Claro, Raymond, que si después de morir a los cien años y permanecer enterrado veinte, te preguntarás que si quien te llora es una amante, serías un muerto bien estúpido. (Raymond deja de sonreír y la mira serio, molesto). No te molestes, es la verdad. Pero saca la cuenta, Raymond, saca la cuenta. Lo más lógico es que creas que quien te llora es tu tataranieta. Bueno, eso en caso de que alguna mujer se haya atrevido, a escondidas, a desobedecer tu orden tajante de nunca tener hijos. ¿Qué harías, Raymond? ¿Te molestarías por ésa quien no acató tus órdenes de jamás tener un hijo tuyo? ¿O, se lo agradecerías, ante tanta soledad que había en tu tumba? En esa tumba tuya, Raymond, que ya nadie visitaba. No, no, no te incomodes, te dije que sólo era un ejemplo. No lo tomes de manera personal, Raymond. Lo que te quiero explicar es el por qué, los martes, yo me iba a los cementerios. (Raymond, aun sentado, se aparta, solo un poco de Rosana, y la observa, intrigado). Los martes iba a los cementerios a visitar a los olvidados. Buscaba esas lápidas agrietadas, esas tumbas mugrientas... y las limpiaba y les colocaba flores y les rezaba y les lloraba. Era, ¿cómo decírtelo?... Era como darles una fiesta sorpresa a esos muertos. Después, cuando ya los había

llorado suficiente, me les presentaba. (Rosana hace una transición, en situación, como si hablara con una tumba) Hola, soy Rosana, una amiga. (Pausa corta. Vuelve a conversar con Raymond) Ellos no me retornaban el saludo, por supuesto. Luego de saludarles, les contaba de lo que sucedía acá arriba. (Raymond, temeroso, se aparta un poco más de Rosana, sin levantarse del banco). Les contaba de la confusión de dioses y de sexos. Les explicaba que el Apocalipsis ya había llegado al mundo y lo vivíamos como un hecho diario, cotidiano. Les revelaba que ya ninguna tragedia nos sorprendía para nada. Y... también, les confiaba cosas íntimas, muy mías. Sí, Raymond, les relataba mis tristezas. (Pausa corta) Un día... les conté... que... en un gesto de amor, yo fui a llevarte una manzana a tu camerino antes de que salieras a bailar... y... sin quererlo...te vi, besando los senos, perfectos, de azabaches, de Lucy. Yo... callada... sin hacer el más mínimo ruido, me retiré y regresé y me senté en mi butaca. Se levantó el telón. Luego los vi bailar. (Pausa corta) Cuando en la casa me preguntaste qué me había parecido tu danza con Lucy, no te reclamé por esos besos, sino que te hablé de la hermosura sagrada de tu pas de deux con ella. ¡Y era verdad, Raymond! Era verdad. Yo me estremecí de la belleza santificada, divina, de ustedes dos cuando bailaron. Era como el encuentro de un feroz halcón y una mansa colibrí de ébano. Y esa inocente colibrí que era Lucy, con la sutileza y gracia de su danza, transfiguraba la rabia y saña depredadora del halcón, en serenidad, dulzura y paz. Era, como el triunfo del arte sobre los horrores de la bestia. (Pausa corta) Yo... allá... en el cementerio... le conté, a esos muertos olvidados, del gesto nocturno de los pechos de Lucy en el aire del escenario, hasta que llegaban a tus manos y deslumbraban como dos soles negros de un mundo más allá de los mundos. Luego lloré, cuando le conté de los senos de Lucy encendiendo tu boca en el camerino. (Raymond se levanta de un envión. Inquieto, tembloroso, camina de un lado a otro sin saber si se queda o se marcha). No, no, no, es un reproche. No te vayas. Yo lo entendí, te lo aseguro. (Raymond se detiene, quedando de espaldas a Rosana). Sí. Entendí por qué después de besarle los senos a Lucy, emergías hacia el escenario con alas de pájaro divino. Entendí que los senos de Lucy eran la semilla celeste que te hacía volar al infinito. Halcón y colibrí, eran. Aves eróticas, eran. Pájaros amorosos, eran. Sexos en acrobacia, anchura, planeo, eran. En fin, genitales de dioses aves sobrevolando el firmamento, eran. ¡Cómo los adoré mientras bailaban!

(Raymond se gira y observa a Rosana). ¡Sí! ¡No te asombres! ¡Los adoré a ambos! Adoré a Lucy, volando junto a ti, Raymond. Los adoré, porque cuando salían al escenario no bailaban. No. No bailaban, sino que convertían el aire en el único sitio habitable. Ustedes no bailaban, ustedes eran un elogio a lo fugaz. Ustedes, bailando, podían amenazar como tornados y seguidamente convertirse en viento calmo y crear un nuevo cielo. Ustedes, en su danza, me hacían sentir que el Edén había existido. En su bailar me hacían sentir que eran ustedes los verdaderos expulsados de la gloria de Dios. Que ustedes no bailaban simplemente, sino que volaban tratando de encontrar el camino de regreso al jardín celestial. Después de verlos bailar, jamás volví a sentirme tu esposa, sino que me sentí la

serpiente y la manzana que les hacía imposible recuperar su Paraíso. Comprendí que si yo me oponía, que si yo te hacía la vida insoportable, no eras tú, ni Lucy, los que perdían, los que sufrirían, sino la danza. ¿Quién era yo, Raymond? ¿Pero quién era yo para tratar de arrebatarle arte y amor al mundo? Qué soberbia la mía y qué egoísmo. Preferí, entonces, no verlos bailar. Por eso no regresé al teatro. Tampoco quise volver contigo a sentarme en este banco, para ver el amanecer a través del puente de Brooklyn. (Raymond camina hasta la baranda, se sostiene en ella y ahí se queda, mirando el río). Seguí contigo, es cierto, pero sin molestarte y mucho menos buscarte como esposa. Los dejé tranquilos. Tampoco los acompañé en la gira que hicieron por Europa. Los dejé amarse. Yo, dejando que se amaran, disimulando mi dolor porque te adoraba, era, a mi manera, un mecenas de la danza. Callarme mi sufrimiento fue mi modesto tributo al arte, porque ustedes, en el escenario, eran como el amor de Dios que había encontrado dos cuerpos que, danzando, lo santificaban. (Pausa corta) Cuando regresaron de la gira de Europa, yo supuse que me pedirías el divorcio. Sin discutir, sin pelear, te lo iba a dar. Así es el amor, Raymond, todo lo da, todo lo soporta. Pero... regresaron, y no me pediste nada. Regresaron y luego de las funciones, volvías temprano a casa. ¿Qué había pasado? ¿Qué sucedía contigo y con Lucy? Tratando de entender lo que les pasaba, rompí mi promesa de no verte bailar y me fui al teatro. (Pausa corta) Los vi bailar. Pero en tu danza había indolencia, dejadez, mucha técnica, eso sí, pero apatía hacia ella. Mientras que en la danza de Lucy, había dolor, desesperación, pero también un amor por ti más grande aún que el mío. No sabía lo que había pasado entre ustedes... hasta ese martes. Ese día, como siempre, saliste trotando bien temprano para ver el sol nacer desde el puente de Brooklyn y luego irte al ensayo. Ese martes, estaba tan cansada porque me había acostado tarde, escribiendo, que decidí no visitar el cementerio. Cuando me estaba bañando, fue que debió sonar el teléfono. Yo no lo oí. Luego, cuando ya me disponía a desayunar, aún en bata de casa, fue cuando me di cuenta que la luz de la contestadora parpadeaba. Pensé que era un mensaje tuyo para confirmar sí, como siempre, yo había salido sin decirte a dónde. Me senté. Pulsé la contestadora y... oí a Lucy...

VOZ GRABADA DE LUCY: Hola... soy yo... Lucy... antes que nada, perdóname, Rosana, por el mensaje que voy a dejar para Raymond. Será la única vez, Rosana, te lo prometo. (Pausa corta) Raymond, yo no puedo vivir sin ti, pero tampoco sin él. Me pediste que suspendiera el embarazo y me negué. Entonces te alejaste de mí. Te rogué que habláramos, pero tu respuesta siempre fue la misma. Me decías que hablaríamos el día en que yo me hubiese deshecho del estorbo. Así llamabas a nuestro hijo: "El estorbo" No pude, Raymond, jamás hubiese podido hacerlo. Como sé que teniéndolo a él, te pierdo a ti, he decidido perderlos a los dos. Qué mejor muerte para una bailarina que hacerlo danzando desde un espacio alto, alto. (Pausa corta) Estoy en el último piso de una de las torres del World Trade Center y de ahí saltaré, dentro de poco, para así bailar

mi muerte y... (La voz de Lucy deja de oírse pues de repente se escucha una tremenda explosión y de seguidas gritos. Luego un gran silencio).

ROSANA: Yo corrí hasta el teléfono y llamé al 911, pero estaba ocupado. Llamé y llamé varias veces pero seguía ocupado. Yo tenía que salvar a Lucy, entonces, así, cómo estaba, aún en bata de casa, salí a la calle a tomar un taxi. Los taxis pasaban y no se detenían, Raymond. Al fin encontré uno y me llevó, pero no llegamos, porque todo el tránsito estaba trancado. Entonces me bajé y corrí hacia las Torres Gemelas. Corrí, corrí, pero la gente corría hacia mí y me tropezaba. Yo no entendía el por qué se me venía encima tanta gente. Era como un vendaval de pájaros, aterrados, huyendo, todos hacia mí. Cuando al fin llegué a las Torres, abajo la gente gritaba y lloraba. Yo creí que era por Lucy. De repente escuché como un retumbo, crudo, de hierros aullando. No era un trinar, sino el rugir de una horrible ave extraña, antigua, desconocida, doliéndose en un gorjear metálico que le punzaba desde las entrañas. Esa ave, matándose, nos hizo a su vez su presa y su tumba. Enseguida todo fue humo... y oscuridad... y silencio... y más silencio. (Pausa corta) Luego... no sé cómo... yo estaba acostada en una calle que era una montaña de escombros... y... un bombero me tenía puesta en la cara una mascarilla y... ahí... anidada sobre una cumbre de ruinas, de cabillas retorcidas, de paredes derruidas y ese humo... no sabía quién era yo... no recordaba mi nombre. El bombero se fue para meterse de nuevo en los escombros y... y desde el cielo... como un huevo inmenso de una ave prehistórica, una cúpula cayó sobre él y ya no lo vi más y de nuevo el humo, el humo, el humo. ¡Ay, ese humo! Yo me quité la mascarilla... y... y me levanté... y comencé a caminar. Y así... caminando, caminando, he pasado todo este tiempo. Caminé. Caminé. Caminé. ¡Cuánto caminé, Raymond! Hasta que, ayer, cuando pasaba frente a un cementerio, me detuve. Y recordé. Y decidí venir. Y esperarte. Y contarte. (Pausa. Rosana se pone de pie, y vemos que viste una bata de baño, sucia, en harapos). Raymond, ya me tengo que ir. Disculpa que no me quede contigo a esperar el amanecer aquí, observando el puente de Brooklyn. Es que todo cambió desde ese día en esta ciudad, Raymond. Es que, desde ese martes 11 de septiembre, ya los amaneceres no son lo mismo. Tal vez, mañana, en esta ciudad nacerá otra niña que la perciba como bosque y a sus habitantes los imagine como pájaros. Y esa niña será también gorrión y trinará de alegría porque sus edificios y calles y avenidas volverán a ser una arboleda y sentirá la fiesta de encontrarse y soñará que Nueva York está llena de nidos bonitos, tibios, donde cabemos todos. (Pausa corta) Ahora no es así. (Pausa corta) Adiós, Raymond, estoy retardada y aún tengo mucho que caminar en Nueva York. (Rosana va saliendo. Raymond se gira y la ve irse. Intenta seguirla, pero se detiene, perturbado. Rosana sale totalmente. Raymond, dolido, casi dando tumbos, va y se sienta, dejándose caer en el banco. Se comienza a escuchar "rapsodia en azul" de George Gershwin. Al fondo del puente de Brooklyn, va naciendo la luz de un esplendoroso amanecer).

APAGÓN LENTO

EL PADRINO

(Música del film "El Padrino" de Francis Ford Coppola. Estáticos, sentados en sus sillas para maquillaje y peluquería, maniquís que representan a varios personajes de esta película como los interpretados por Marlon Brando, Al Pacino, etc. En camillas, con mascarillas faciales que no permiten su identificación, hay otros personajes, con el cuerpo tapado por una sábana. Alguno que otro tiene el brazo caído, fuera de la sábana. Nadie se mueve. Por varias partes, secadores, artículos de maquillaje, recipientes de manicure, etc. Sobre una camilla, ligeramente inclinada hacia adelante, se encuentra, acostado, El Padrino. Está completamente tapado por una sábana. Recipiente metálico para deshechos. Entra Alicia, empujando una mesita con ruedas donde tiene diferentes instrumentos metálicos así como envases plásticos con elaboraciones químicas).

ALICIA: (Observa por un momento al Padrino. Coloca una pequeña toalla caliente sobre el rostro. Lo masajea un poco). ¿No está muy caliente, verdad? (Arroja el primer paño en el recipiente de deshechos. El mismo procedimiento con otro paño. Lo coloca de manera tal que la nariz quede fuera. La toalla echa humo). Ahora se me queda tranquilito un momento. (Acerca su rostro cerca de la cara del Padrino y escucha como si éste le murmurara un secreto). No, no, no, no es agua caliente. Es ácido. Me hará el trabajo más fácil. ¡Quedarás como nuevo! ¿Sabes? Me he dado cuenta que a tu rostro le falta elasticidad. Es como si tuvieras una máscara. Sonriente, es verdad, pero como no es una sonrisa natural, sino que es parte de tu trabajo, se ha quedado fijada y ahora parece más bien una mueca... terrible. Pero tranquilo, tengo unos nuevos productos que harán aflorar tu verdadero rostro. Déjame eso a mí. (Vuelve a escuchar. Se separa). ¿Qué si te conozco? ¿Y quién no? Han sido años y años de verte en televisión. Sí, sí, eres todo un galán, no obstante tus años. Sí, claro, por supuesto que ya te lo han dicho muchas veces. Tu rostro lo llevo muy dentro de mí, y no sólo por verlo en televisión. ¿Qué dónde te conocí? Ah, no, es un secreto, a lo mejor, luego, te lo diré. (Escucha. Se separa). Sí, sí, claro que sí. Desde esa primera vez que te vi, me pareciste imponente. ¿Sabes qué me gusta? Tus trajes. Todos son de un corte clásico perfecto. ¿Y el cabello? Ah, tu cabello milimétricamente cortado para dar la imagen de un hombre siempre fresco, cómodo, seguro de sus actos, pacífico, humanitario. Sí, sí, siempre has tenido la imagen de un estadista. Lo que hace la televisión, lo que hacen los medios. Sí, ellos son un milagro. Claro que yo le daría más cuerpo. ¿Cómo? (Ríe) Más cuerpo a tu cabello, me refiero. Más brillo. Ah, y acentuaría las canas para darte cierto aire de respetabilidad, de sabiduría. (Escucha) Sí, sí, claro que sí. Las canas venden una imagen de sabiduría política, de seguridad democrática. ¿Ah? Sí, sí, tienes razón, no a todos les da esa imagen. Cierto. (Le revisa las manos) ¿Quieres que te confiese algo? Estoy muy emocionada. Al principio, cuando me lo dijeron, yo no lo podía creer. No, en verdad, no lo creía. Después me confirmaron la gran noticia. Yo... yo... Alicia Mijares, sería la encargada de tu tratamiento de belleza final. Déjame

decirte y perdona la inmodestia, yo soy la mejor. Sí, tienes razón, la mejor para el mejor. (Comienza a colocarse una bata de hule. Ríe). Ah, estás intrigado por saber dónde te conocí. (Ríe). No... no... ahí tampoco... no... no... menos, en el partido menos. (Ríe) No, no, ni siquiera simpatizante. Es que soy apolítica. (Ríe). No, no, no me vas a tratar de convencer que ingrese a tu partido. Imagínate, a estas alturas. (Pausa corta). Hace exactamente veintitrés años. Sí... de verdad... te vi por primera vez, en persona, hace veintitrés años. Sí. Sí, tú mismo lo has dicho, yo era una niña. Sigues siendo muy bueno con los números. A ver... a ver... listo..., ahora cambiemos el paño por la mascarilla... pero no te muevas... quieto... quietecito. Quietecito, ¿te gusta esa palabra? Quietecito. Tu mismo la repetías mucho. (Le quita el paño. Lo arroja en el recipiente de desechos. Se coloca unos guantes. Destapa un pote y con cuidado se lo va echando en el rostro. Coloca un paño, rápido. Comienza a salir humo del rostro. Se quita los guantes). Sí, sí, yo sé que arde, pero es lo mejor que se ha inventado. Borra todas las líneas de expresión. Todas. Su efecto llega hasta el hueso y lo deja pulido. Nada que expresar, nada que ocultar. Es como si volvieras a nacer. Adiós a la piel grasosa, estresada por todos los problemas del país que te tocó resolver a tu manera. Dile adiós a tu rostro agobiado por ocultar ante las cámaras, con una risita, a todos los que tuviste que oprimir. Alégrate porque ya tus antiguos ojos y tu rancia boca han desaparecido y no tienen que mostrarse vivaces, ni mucho menos sonreír en los noticieros, negando a los que tú desapareciste. No, no, no tienes que agradecerme nada. Agradécelo a los productos "Kalochrome Jr. Cosmetic Set". Sí, son los mejores. Fíjate, deja que te explique. Este set de cosméticos, en cremas semi-opacas, puede variar su intensidad de acuerdo a la aplicación y al embalsamador que lo aplica convirtiéndolos en cosméticos completamente translucientes. Ahora bien, si los aplicamos en capas muy densas entonces se tornan completamente opacos. Podemos obtener colores naturales mezclando las distintas cremas de acuerdo al color del sujeto. Tu Partido, que no te olvida, me ha pedido que no escatime esfuerzos para que te veas natural, rozagante, feliz. Es por ello que me he procurado el Kalochrome Jr. Cosmetic Set, completo. Fíjate aquí. (Comienza a mostrar diferentes productos como si hiciese un comercial de televisión) El set completo contiene: 16 envases con varios colores, 2 jarras de cera, 1 jarra de crema de masaje, 2 polvos para terminaciones, surtido de brochas, espátula y pincel. Ya verás, ya verás, te dejaré vital, como si estuvieras en plena campaña electoral. ¡Viva la ciencia! ¡Viva la cosmetología mortuoria porque va más allá de la muerte! ¡Qué viva la estética post mortem! (Se concentra en su trabajo. Luego de colocarle varios potingues, saca una navaja y se dispone a rasurar). Fue... fue en el barrio Democracia. Quietito, tranquilito. (Pausa corta). Ahí te conocí. ¿Cómo? ¿No lo recuerdas? El barrio Democracia todavía existe. Existe, la miseria no se erradica tan fácilmente. No puede ser que lo hayas olvidado. Quedaba en la parte alta de la avenida Bolívar. Sí, sí, por donde están los ranchos. Cómo no vas a recordarlo. Ahí todos sabíamos de tí. Especialmente en las noches. (Afeitado lento). Claro, no eras tan famoso como lo eres ahora, no te habías convertido en El Padrino de

este país. Buena frase esa... la que inventaste para tu campaña y que luego utilizabas siempre como Presidente. (Imitando voz del Padrino). "Los Libertadores han sido los padres de esta patria. Yo... yo, humildemente, soy sólo el Padrino de esta naciente democracia". (Ríe) Pero qué buena frase. ¿Sabes? Muchos creyeron en ella. ¿Yo? No, cómo crees, yo no, por supuesto. Yo te conocía. A decir verdad, mucha gente te conocía, pero quiso olvidar. (Transición). ¡Ay, disculpa! Se me fue la mano y te corté una oreja. Es un tajo considerable. (Ríe) Considerable. ¿Qué te parece? Considerable. Otra de tus palabras favoritas. (Transición. Imitando la voz del Padrino. Con la oreja en la mano, a manera de micrófono). "Considerando que este país está amenazado por una ideología que no expresa de ninguna manera nuestra idiosincrasia como pueblo libre, decreto Medidas de Alta Policía. Las fuerzas del orden público deben preservar nuestra democracia, así que se hará uso de cualquier mecanismo en contra de los facinerosos y se averiguará después." (Pausa corta. Lanza la oreja en el cesto de deshechos). Te haré una oreja de cera, exacta a la otra. Luego la maquillaré. Te quedará perfecta. ¿Gracias a quien? ¡Sí! ¡Exacto! Gracias a Kalochrome Jr. Cosmetic Set, que tiene, entre sus productos, la maravillosa Simply Perfect Mousse. Es a base de espuma, muy fácil de aplicar. Los sets vienen numerados. Desde el más claro que es el uno, hasta el más oscuro que es el once. Nadie se dará cuenta. Para una complexión latina, como la tuya, es recomendable el set oscuro, el nueve. Aunque no escatimaré esfuerzos si tengo que aplicar unos cuantos colores adicionales de los otros sets. Nadie se dará cuenta. Si hubieses visto cómo quedaron algunos de tus colaboradores y ministros de aquella época. Con ellos, siempre me pasaba esto. Me descuidaba recordando y zúas, se me iba la mano y los desfiguraba. Claro, nada que la cosmetología mortuoria no pudiese arreglar después. (Recuerda). Hubo uno que no. Hubo uno con el cual no me descuidé. Todo lo contrario. Sí, sí, ese mismo, ese íntimo amigo tuyo, de quien la oposición, con sus malas lenguas, regó que tú habías sido el autor intelectual de su... accidente. A ese, quien te defendía e investigaba para ti, a ese, que según dicen se te iba a voltear, a traicionar, aún siendo tu compadre, compadre del Padrino de este país, a ese lo reconstruí desde los pies a la cabeza. Quería, que no obstante la bomba que lo había volado en su auto, quedara exacto. Quería que te mirara desde su ataúd. Quedó perfecto. Tú mismo te sorprendiste cuando lo miraste sobre el vidrio de su ataúd. Saliste rápidamente del velorio. La prensa dijo que era por el dolor que te causaba su muerte. Yo sé que no fue así, yo sé que fue porque no esperabas verlo como si estuviese vivo, como si te acusara desde el más allá. ¿Gracias a quién? Ah, gracias a Kalochrome Jr. Cosmetic Set y las excelencias de su Beautiful Face en su forma tropical. Carísima por cierto, yo corrí con ese gasto. Pero bien valió la pena si te hizo salir en volandas. Fue mi obra maestra. (Terminando de hacerle una oreja. Feliz). ¡Listo! Dale las gracias a Simply Perfect Mousse, esta oreja te queda mejor que la de antes. La oreja anterior, y me perdonas, parecía la de un vampiro, esta no, esta sí se ve humana, esta si escucha, ¿verdad? (Se aleja y lo observa). Eres irresistible... ¿lo sabes? Por supuesto que lo sabes. Mi

mamá lo supo, por eso se entregó a ti. No, claro que no. No se entregó a ti directamente, pero ahí radica tu grandeza en... en que poseías a través de otros hombres. En ti no había envidias, ni celos, ni nada de eso. Eras pleno. Plenipotenciario. Sí, el mandato de tu cuerpo se extendía hacia otros hombres que comprendieron la soberanía plenipotenciaria de tus instintos. (Toma el bisturí). Fue por eso que entonces llegaron ellos. (Mientras habla se monta encima de él y comienza a besarlo y a jugar eróticamente sobre el cuerpo del Padrino). Llegaste tú... Llegaron ellos... Llegó tu orden de amor... Llegó tu orden de lujuria... de tierra arrasada sobre el cuerpo de todas las enemigas de la patria... Llegó la ineludible majestad de tus preguntas que las penetraban por todas partes y ella... mi madre, no supo responderlas... no... no... ella no sabía dónde se escondía mi padre. Sí, así, así, rico, rico... por todas partes... sí... que no queda hendidura que no penetran hasta que responda... no... no... ella no sabía de mi padre. Ah, mi padre, ese ingrato. Él no te supo entender. No vio lo espléndido de tus razonamientos, tu renuncia a tí mismo por el nuevo ideal nacional, la nueva patria, la nueva república. Ingrato. Tenías que buscarlo. Él tendría a toda costa que entender tu sobriedad, tu desprendimiento, la encarecida beatitud de tu renuncia a todo bien material, a todo aquello que no fuese refundar la república a la medida de tu padrinazgo que bautizaba a todo el pueblo, tu pueblo soberbio, libertador, único soberano de tus concupiscencias. Y ella... mi madre... ella no sabía dónde estaba mi padre y tú, tan magnífico, tan excelso, tan su santidad, como única respuesta a su blasfemia, la amaste pródigamente, dispendiosamente días y noches, a bolsa rota horas y horas por más de un mes. La amaste a través de ellos... uno... por uno... dos por dos... cuatro por cuatro... ocho por ocho... diez y seis por diez y seis hasta que ya no hubo placer... ni orgasmos.....sólo un cuerpo hecho trizas... maloliente... irreconocible, lanzado a la vera de un camino...Tú... tú... ellos... ellos (Como si llegara a un orgasmo. Queda estática por un momento. Se separa del Padrino. Observa el bisturí. Observa algo que oculta en su mano. Ríe. Va hacia el recipiente de deshechos y bota eso que no sabemos qué es). Disculpa. Disculpa, te colocaré uno nuevo, uno más joven, uno brillante, uno pulido, filoso. Sí, filoso, pues nos enseñaste que en tu guerra, un pene no es un pene, sino un arma para subordinar a los enemigos de la patria. Te quedará estupendo. ¿Y todo gracias a qué? Sí, correcto, gracias al Kalochrome Jr. Cosmetic Set. Primero, limpiaré la superficie con el magnífico Dry-Wash. Así. Perfecto. Ahora a afeitar la lanita. Sí, muy bien. Ahora, sí, aquí está, este pene está perfecto. Ajá, sí. Bien, bien. Te quedó justo. Ahora le colocamos un poco de Adult Tinting & Red Highlighting. ¡Magnífico! Y ahora aplicamos Light Brown. Al aplicar las líneas de demarcación utilizando el Light Brown, difuminamos el color utilizando la misma brocha con que aplicamos la base. Listo. Tu arma está lista por si quieren hacerte una estatua ecuestre. Nadie podrá quejarse. Alcancé mi propósito. Soy una profesional. Como bien sabes el propósito de la cosmetología post-mortem es obtener un efecto natural, no cosmético, simulando el color natural que sale de la piel. Estás perfecto. Y ahora, para terminar, nos dedicamos a tus manitos. (Mientras le corta dedo por dedo y los va lanzando al

cesto de deshechos). ¿Qué? ¿Mi padre? Gracias por preguntar. Tú deberías saber mejor que yo cómo está... dónde está... Yo no lo sé. Algunos dicen por ahí que al fin consiguió tu gracia. Sí, dicen por ahí que le diste un don milagroso. Dicen por ahí que lo convertiste en pájaro. Dicen por ahí que delineaste finamente toda su piel hasta convertirla en ligera pluma. Dicen por ahí que convertiste sus brazos en alas amoratadas. Dicen por ahí que cambiaste sus labios por un pico de un color negro permanente, que todo su cuerpo fue trazado para que pudiese volar permanente. Eso sí, le quitaste el canto, algo normal, pues jamás te gustaron otros cantares que no fuesen los que alabaran tu magnanimidad. Dicen por ahí que nunca agradeció esos dones que le diste, que, cuando lo llevaron en un helicóptero y lo lanzaron al mar, se negó a volar. Qué desagradecido fue contigo, ¿Verdad? Yo, Padrino, jamás fui como él. Siempre esperé por ti. Siempre quise reconocerte tus sacrificios por la patria. ¿Ves? Mi espera no fue en vano. Ahora tendrás guantes blancos, impecables, que la gente podrá apreciar en tu ataúd. Siempre te esperé, Padrino. Y no me fallaste. Ahora, aquí estás. Impoluto. Pulcro. Agraciado. ¡Qué una trompeta toque a duelo mientras ingresas intachable, sin mácula, al panteón nacional de nuestros héroes patrios, como el padrino de este país! ¡Que coloquen la bandera a media asta! ¡Pero, por sobre todo, que nadie te olvide! Gracias, padrino, gracias por este honor. ¡Qué retumbe ahora el himno nacional! (Música tema de la película El Padrino).

APAGÓN LENTO

MUERTE EN VENECIA

(Se escucha el Adagietto de la Quinta Sinfonía de Gustav Mahler. Al fondo, un mar, gris. Una arena blanquísima, triste. Silla de extensión.

Entra Sofía. Carga una pequeña caja de zapatos, forrada en papel de colores, y un paraguas negro, sin abrir. Se detiene un momento. Observa todo. Sofía viste zapatos blancos, pantalón de igual color; paltó color canela donde se asoma un pañuelo; sombrero de ala, blanco con cinta de igual color que el paltó.

Exactamente el mismo cuadro cinematográfico de la película Muerte en Venecia de Luchino Visconti. Deja la caja a un lado de la silla. Abre el paraguas. Va saliendo música. Se escucha, brevemente, lejano, sonido del mar).

SOFÍA: (Al mar). Soy yo. (Pausa). La misma. (Pausa corta). Más de veinte años. (Sonríe). Lo sé, he cambiado. Tú, por el contrario, eres el mismo. (Pausa corta). Sí, me di cuenta, el hotel de papá ya no está. Entiendo... entiendo... pero no podía hacer nada... nada. Gracias, me encanta que te guste. Se llama Eau de Fleurs. Lo compré en... en... no... no recuerdo. Fue en un hotel. En un hotel de cualquier parte del mundo. Tú... tú, en cambio, usas el mismo perfume... el mismo pensamiento... la misma sílaba... mar... mar... mar... Soporté todo por esto... para este instante y... no... no te alejes... no es reproche pero, a veces... en mi celda, parecías no un recuerdo, sino una cicatriz y... y me dolías. (Sonríe). El

hotel de papá. ¡Cómo me gustaba! Sí... sí... sé que no era de él... pero, para mí lo fue. ¿Cuánto tiempo vivimos aquí? (Pausa corta). Diez años. (Para sí). Diez años. (Pausa corta). Volví. ¿No te dije que volvería? (Pausa corta). Mamá, la pobre... reía a carcajadas. Ella no entendía cuando me aferraba a tus arenas, cuando... gritando te decía que iba a volver... tú, mar, tú fuiste mi único amigo... lo más cierto. Tú eras permanente, mi padre no. Fueron hoteles y más hoteles y... yo... yo sabía que me esperarías... yo... yo me decía... allá está él... mi mar, esperándome... él no se muda tanto como nosotros... él no administra hoteles, como papá... él... él es su sol y su movimiento... él es este gris que me pertenece... el gris nos pertenece a ambos. Gris, gris, gris, es mío también, aunque haya estado más tiempo contigo... es mío... porque se pertenece a los recuerdos, porque una, a los recuerdos, los pastorea y también los hace germinar... una se responsabiliza por ellos. Este gris es mío tanto como tuyo porque lo fui vistiendo con altísimos muebles... con mi primer hijo... con besos y piel... le cambiaba los cortinajes... ponía a secar sus pañales, arrullaba al gris, a nuestro gris. Lo vi crecer, hacerse hombre y salir con sus delgados pies en busca de la sal prometida. Fue tu hijo y el mío... este gris fue nuestro hogar habitable. También me pertenece. (Se dirige a la caja de cartón). Te traje unos regalos. ¡Ah! ¡No, no, no, es una sorpresa! (Ríe). Sí, sí, sí, sé que no te gustan las sorpresas. ¡Gruñón! (Ríe). Gruñón, gruñón, gruñón. Sí, eres un gruñón. Siempre lo fuiste. (Cantado, como niña). Gruñón, gruñón, gruñón. (Ríe a carcajadas). Vamos, no te molestes, es jugando. No te pongas así. Vamos... una sonrisita... eso... así... así me gusta. Está bien, está bien, no te impacientes, ya la voy a abrir. (Lo hace). Aquí está. Tu primer regalo. Tu primer regalo son dos cosas. (Pausa corta). Adivina. No. No... no... eso tampoco... no... frío, frío, frío... no... menos... tampoco... Está bien, está bien, no vuelvas a gruñir, te hace daño. (Ríe). Ese mal humor tuyo es porque llevas mucha sal por dentro. Deberías hacer dieta. (Ríe). Está bien, me enserio. Mira. (Saca un boleto usado de avión). El pasaje de avión, Barajas-Londres, Londres-Barajas y esto. (Saca un ticket, picado). El bolero de la ópera La Traviata... Sí. También en Londres. Esto se lo debo a él. (Pausa corta). En... en España lo conocí. Él... él fue, algo así como cantos hondos... como risas con ecos. No gruñía tanto como tú. (Ríe) Era botones. ¿Mi papá? No, no se enteró. Imagínate el lío que hubiera armado. ¡Él era botones en el hotel que administraba papá! (Pausa). Fue... fue el único. Sí, te lo aseguro. El único. El convirtió ese hotel en un laberinto. Yo... yo me perdía, pero él siempre encontraba la salida. Y ahí, en la salida, también estaba yo. Esperándolo. Un laberinto de espejos. (Para sí) Siete... dos... uno. ¿Cómo? (Escucha. Responde). La Suite Presidencial. La siete, dos, uno, era la Suite Presidencial. A esa suite llegaron reyes, ministros, presidentes del tercer mundo ya derrocados. (Pausa corta). A esa suite llegó Visconti. No, no, mucho antes de su enfermedad. Claro que lo conocí. Bueno, conocer no es la palabra exacta. (Recuerda). Siempre con un cigarrillo muy delgado y color rosa, entre su boca. Mi papá lo atendía personalmente. ¡Conde! (Con gran pompa). ¡Conde! ¡Lo que usted diga, Conde! ¡Así será, Conde! Conde lo llamaban todos. A Visconti le gustaba el agua bien

caliente para su baño. A Visconti le gustaba la infusión de manzanilla al atardecer. (Pausa corta). Yo, una vez, lo vi bañarse. No, mi papá no lo supo. Yo me escondía del botones que me perseguía con uno de esos carritos donde se llevan las maletas a las habitaciones. Corrí... corrí por uno de los pasillos y entré a la Suite Presidencial, a las siete, dos, uno. Escuché como pasaba rápido por el pasillo, el carrito que empujaba el botones mientras me perseguía. El botones me llamaba... Sofía... Sofía... Sofía. Hasta que oí su voz lejana... Sofía. (Pausa corta). Adentro, en la suite, se escuchaban murmullos. Murmullos desde el cuarto de baño. Me acerqué... en silencio. Estaba él. Estaba el Conde Visconti en la bañera dorada. Todo era vapor en ese baño. No estaba solo. Cerca, otro hombre, también desnudo... muy joven... bebía algo amarillo y espeso en una larga copa de cristal. Era la copa más larga y más amarilla y más espesa del mundo. (Para sí). Murmullos... murmullos. (Pausa larga). Mucho tiempo después, en esa misma suite... tal vez un año después, entró él... el botones. Yo pensé que era otro de sus juegos... uno más amplio... un juego de desórdenes. Tumbé las lámparas... tiré las manzanas de la fuente... las sábanas volaron y se quedaron flotando en la habitación como nubes. Quebré el gran espejo. Él... él... él avanzaba... avanzaba... el juego se quedó sin salidas. El juego fue mi miedo... mi terror... mis jadeos... mi mudez. El cuarto fue una selva, la piel del botones eran escarabajos... sus manos malezas chamuscadas... herrumbres, todo giró... el piano blanco... los cuadros con Condes y Marquesas, la alfombra roja y me fue haciendo un lago de salivas en todo el cuerpo. (Pausa corta). Luego él... él se fue. Se fue del hotel para siempre. Tuve miedo y esa Suite Presidencial se cerró para mí en mi vientre con toda la bañera dorada, con la risa cascada del Conde Visconti. Mi vientre fue mar y gris. Mi vientre fue creciendo de Condes y manzanas, de espejos quebrados y se llenó por completo de la copa larga con todos los amarillos espesos de la tierra. De dolor. Por eso el pasaje Barajas-Londres, Londres-Barajas. (Pausa). En el avión, vi a un matrimonio tomado de la manos... también vi a una mujer con una estola morada y... vi a otra mujer con una falda con dibujos de bacterias azules. (Pausa corta). Yo... yo trataba que nadie me viera. Sentía que en mi cara se veía lo que iba a hacer. (Pausa corta). Cuando llegué a la clínica... ya estaba ahí el matrimonio que vi en el avión. Seguían con las manos entrelazadas, pero ahora esperando en el sofá deshilachado del consultorio. (Pausa corta). En la habitación me tomaron el pulso... me sacaron la sangre y me citaron para las seis de la mañana del otro día. Al salir ya no estaba el matrimonio de las manos entrelazadas pero... saliendo presurosa de otro consultorio, vi a la mujer de la estola morada. (Pausa corta). Caminé... caminé y caminé... no sabía qué hacer hasta el otro día. Pasé frente a un teatro y compré este boleto, el de La Traviata. El de La Traviata... para recordar... para recordar, mar, porque de tanto vivir en hoteles, mar, ya no tenía recuerdos... mar. Y sabía que lo iba a olvidar todo. Siempre me sentí una prostituta, sí, porque las prostitutas son las únicas que no tienen recuerdos. Si los tuvieran, no podrían vivir. Por eso no recuerdo. Entré y vi la ópera. (Pausa). A las seis de la mañana estuve ahí. Y... no sé por qué, yo sabía que en otro cuarto estaría el matrimonio

con las manos entrelazadas y que en otro estaría la mujer de la estola morada y... ya semidormida... le pregunté a la enfermera que me colocaba las piernas sobre unos paralelos de metal, helados, le pregunté si en alguna de las habitaciones estaba una mujer con una falda con dibujos de bacterias azules. Ella sonrío, no como enfermera, sino como la aeromoza del avión y... y me dormí. (Pausa corta). Al día siguiente tomé el avión de regreso. Londres-Barajas. (Pausa corta). Muchos años después la vi, sí, sí, mar, vi a la otra mujer, a la de la falda con dibujos de bacterias azules. La vi en Costa Rica, en la plaza mayor de San José. (Ríe). No, mar, claro que no, ya no llevaba la falda con dibujos de bacterias azules. Ahora llevaba un pantalón, marrón, de pinzas, y una blusa beige, muy ancha. Ella caminaba por la plaza y llevaba un niño de la mano que intentaba patear a las palomas a su paso. Me le acerqué y le dije, sonriente, qué lindo es. ¿Cómo se llama su hijo? Me respondió, orgullosa, Juan Bautista. Le volví a sonreír y me alejé. Juan Bautista, repetía y repetía para mis adentros. (Entrega sus regalos al mar). Toma, son tuyos. (Pausa corta). No, no, no es todo. Falta. Mira. (Saca un arrugado papel de la caja). Fue... fue en Nicaragua. En otro hotel, por supuesto. No... no... no sé. No, lo siento, no sé de fechas. Háblame de habitaciones de hotel. Pregúntame por números de habitaciones, cuando quieras saber sobre mi hogar. Preguntas sobre el Salón Verde o el Salón Rosado, del bar, de la piscina, cuando desees saber mi domicilio. Mi cobijo fue siempre breve, pues vivíamos en hoteles donde mi papá era gerente. ¿Qué? ¿Fechas? Fechas menos, no soy de fechas, soy de temporadas. Está bien, está bien, me calmo, pero no vuelvas a hacerme esas preguntas. Lo sé... lo sé... sé que no lo hiciste para molestarme. (Camina ansiosa). Hace calor, mucho calor, más del necesario, calor, calor, calor. (Se quita el sombrero y el paltó y los coloca cuidadosamente en la silla). Este... este papel, lo dejaron, a mi nombre en la recepción. Sí, sí, no te impacientes, ya te lo leo. (Lee). "Dear, Sofía. Mi bella amada. Te quiero tanto. Te amo desde que te vi en el pasillo del hotel, cuando caminabas, presurosa, vestida como una princesa, al Salón Rosado. No dejo de pensar en ti. Siempre te amaré, aunque tú no me ames. Daría mi vida por ti. Nunca me atreví a hablarte. Te veía nadando en la piscina y me decía, cuando salga le hablaré. Sé que se llama Sofía, me lo dijo el salvavidas. Pero ya ves, no me atreví. Por el ama de llaves supe que vivías en la habitación 701, la del gerente del hotel. Más de una vez me llegué hasta tu habitación, llevándote flores, pero no me atreví a tocar a la puerta. No iba a saber qué decirte. No iba a poder hablarte. Tu belleza me enmudece. Hoy... hoy sí me atreveré y tocaré a tu puerta y te diré, Sofía, estoy aquí para amarte hasta el fin de los tiempos. Tuyo, eternamente, Show". (Pausa). No, no, jamás tocó a mi puerta, jamás volvieron las flores. Nunca supe quién fue. Traté de averiguar quién pudo escribirme esta nota, pero nadie sabía. El de la recepción, no se acordaba de quién la había dejado. El salvavidas, tampoco sabía, el ama de llaves no sabía. Yo recordaba esas flores amarillas, rojas, blancas, que me encontraba al pie de la puerta, pero pensé que las dejaban por ser hija del gerente del hotel. Le pregunté a la florista del hotel quién compraba esos ramos tan lindos de margaritas, de rosas, de camelias

blancas japonesas, pero no sabía. El ascensorista no sabía quién iba hasta el piso 7 con esos ramos de flores, no se acordaba. Yo los miraba a todos. Sentía que me engañaban, que no querían decirme quién era el que me amaba, el de las flores. Miraba a los huéspedes, y sentía que ellos también sabían, pero me engañaban, se burlaban a mi espalda. Miraba a los recién llegados, a los que partían, y sentía sus burlas, sentía que ellos también sabían sobre mi amado. A ese amado que todos conocían, menos yo. Dejé de salir de la habitación, esperando que mi amado apareciera. Me quedaba en silencio, esperando, y de repente corría y abría la puerta para sorprenderlo, pero nada, no estaba. Veía al ama de llaves con su carrito, cambiando las toallas, ella me veía, y se burlaba, yo sé que se burlaba porque ella sabía quién era Show, sí, sí, sí, ella sabía. Todos sabían. Dejé de comer, dejé de salir de la habitación, esperando a Show. Nunca apareció. (Pausa corta). ¿Quién? ¿Quién era? ¿Quién fue, mar? ¿Quién podía llamarse Show y desaparecer con todo su amor por mí? Yo lo amaba, sin verlo, sin conocerlo, sin haberlo visto. ¿Quién podía llamarse Show y ser tan de esperas? ¿Quién podía llamarse Show, amarme, y ser tan efímero? ¿Quién, mar, quién? ¿Quién podía llamarse Show y abandonar? ¿Quién era Show, esa eternidad de amor no manifiesta? ¿Quién podía llamarse Show y ser mi carcelero, el que me hizo estar encerrada días y días sin comer, parada a la puerta, abriéndola de repente para ver si lo sorprendía con su ramo de flores? (Pausa corta). Me hospitalizaron. En vez de flores, inyecciones. En vez de mi amado Show, electro shows. Sí, sí, mar, no te tapes los oídos, no hagas silencio, escucha, tienes que oír. Tienes que oír porque entonces llegaron ellos, los buitres de blancos que me picaban los senos, los brazos, los dedos de los pies con sus picos, sus agujas. Los buitres de blancos amarraron los brazos a mis espaldas y mar, mar... mar... el dolor en los dientes, el dolor en la vena por donde se iba mi sangre, el dolor en las sienes y ellos y sus ruidos y sus alas negras que se metían por mis narices y la cabeza se me volvió dolor con ojos de buitres que me miraban por dentro, que me violaban los sueños, revoloteaban por mis sueños, como si mis sueños fueran carne muerta, putrefacta, en el desierto de un hotel sin nombre y perdido en un laberinto. (Pausa). Show. (Para sí). Show. (Pausa corta. Sonríe). Ahora la carta es tuya, mar, es mi regalo. (Lanza la carta al mar). Calor, calor, calor. ¿No tienes calor, mar? ¿Ah? Sí, sí, sí, lo sé, ya va a pasar. Ya se desmayará la tarde en tu horizonte. (Pausa. Responde). ¿Más? (Ríe a carcajadas). Claro que sí, mar, hay un regalo más. Pareces un muchachito, pidiendo más regalos. (Saca de la caja de cartón, una pequeña bolsa plástica, vacía). ¿Qué te parece? Sí. Es hermosa. Hermosa, esa es la palabra. Hermosa. (Pausa corta). Era de ella... de Luciana. Aquí están sus poemas. No, no... (Pausa corta). Me los quitaron. (Para sí). Sólo me dejaron la bolsa... esta bolsa. (Ríe espléndidamente). Pero una bolsa, a veces es como uno... es exactamente como uno mismo. ¿No te parece? Fíjate. Sí... si... pero escucha. Si a ti, mar, te sacaran todos los peces... toda la sal... todos los corales... la arena entera, tú seguirías siendo mar, aunque estuvieses vacío por dentro. Y ella (refiriéndose a la bolsa) aquí, en esta bolsa, sigue siendo Luciana. Aquí yo

guardaba todos los poemas de amor que me escribía. Recuerdo uno, ¿te lo digo? Escucha. Es bien lindo. (Mira hacia la bolsa vacía).

“Al borde del aroma
de tus senos,
mi luna se vacía
escritura de orgasmos.”

(Ríe y baila). Sí... sí... era hermosa y me escribía poemas... sólo hacia eso. También era hija de hoteles... ciudadana de hoteles... humana de hoteles... habitante de un planeta llamado hotel. (Pausa corta). Empezamos a salir. A entender otro mundo... nuestro mundo. A entender que un beso no podía ser un anillo de vacíos. A descubrir que nuestros senos podían ser un torrencial... o una lluvia mansa, entre las sábanas. Que un vientre que escucha nuestra palabra, tiene el aroma de la vida y que juntas, volveríamos a nacer... a regresar del adiós. Nuestra travesía fue un para siempre, nuestro juramento un para siempre... nuestra piel un para siempre y... y nos amamos, mar, cómo nos amamos, nos amamos en un solo océano que comprendía al planeta entero. ¡Cómo nos amamos de grande... y de pequeño! (Pausa. Espera. Se alegra y ríe). Sabía que tú sí lo entenderías. Es que tú eres el mar, pero también eres la mar. Sí, nos amamos, mar. Encontré mi residencia perpetua en sus senos y ella encontró una religión de amor entre los míos. Fue así... perfecto... amor cóncavo y convexo... perfecto. Para siempre. (Pausa. Se angustia). ¿Entonces? Entonces, mar, de nuevo las sombras... la temible partida... el nuevo cambio de hotel... las sombras... los buitres asomándose por todos los paisajes de nuestros cuerpos... los buitres acechaban desde el escaparte... los buitres se escondían, pero oíamos sus graznidos carroñeros debajo de nuestra cama y entonces decidimos no separarnos ... decidimos que nuestra unión sería eterna en dos frascos de pastillas y... fue un beso y una pastilla para Luciana... y un beso y una pastilla para mí... un beso y una pastilla para Luciana... un beso y una pastilla para mí y... y el frasco vacío. Y, vestidas de blanco, lindas, adornada de flores, como princesas, nos acostamos juntas y nos tomamos de la mano. (Pausa corta). Pero ella partió sola... yo no pude... no me dejaron ir con ella, no me alcanzó el sueño para seguirla porque las sondas de los buitres me obligaron a vivir... las garras de los buitres se introdujeron en mi boca y me forzaron a expulsar en arcadas todo mi sueño con ella. Luciana... Luciana partió... sola... sola... sin mí, mar, sin mí... pero... pero yo sé que está esperándome... esperándome... porque yo soy su hotel eterno y ella es mi hotel perpetuo y ahí no estamos solas, ni desamparadas, ahí somos una sola, un hotel de adoración, sin recepción, sin piscinas, sin salones, un hotel de amor de una sola pieza. (Coloca la bolsa en el suelo. Se desnuda. Se interna hasta perderse en el profundo mar, gris. Se escucha con violencia el rugir del mar. El rugir del mar va dando paso al Adagietto de la Quinta Sinfonía de Gustav Mahler).

APAGÓN LENTO

CABARET

(Lujoso baño de damas de un cabaret. Una mesa con espejo ovalado, rococó. Sobre la mesa: diversos artículos de tocador para damas. Un platito donde se depositan las propinas. Al otro lado del ambiente, gran espejo. Al fondo los W.C. Se escucha, por lo bajo, música de Fred Ebb para la película Cabaret, cantada por Liza Minnelli. María Cristina, con un lujoso abrigo que la cubre hasta las piernas, se mira en el espejo. Se levanta. A un público imaginario).

MARÍA CRISTINA: Damas y caballeros. Ladies and gentleman. Bienvenidos a su cabaret. (Baila con prestancia. Se detiene). Generales, Coroneles y sus ilustres compañías, sean bienvenidos. (Vuelve a bailar. Se detiene). Esperamos que pasen una noche... diferente. (Ríe y baila). Su primera noche de 1957... feliz... (Baila por todo el escenario). ¿Cómo está? Bienvenido... Bienvenida... Encantada... Mucho gusto... Salud... Encantada... Bienvenidos... Bienvenidos... Gracias... Gracias... (Cesa la música). Gracias... gracias... gracias. Y ahora, complaciendo peticiones... maestro, música, música, por favor, maestro. (Se escucha la música Mis Noches sin ti, de Demetrio Ortiz. Canta)

“Sufro al pensar que el destino
logró separarnos,
guardo tan bellos recuerdos
que no olvidaré...”

(María Cristina se va callando. Triste). Mi voz está intacta, Alejandro. Intacta... como tú... (Ríe) Qué tímido eras. (Transición, como Alejandro). ¿Cómo se llama? (Responde como ella. Sorprendida). María Cristina... ¿no leyó el cartel que está afuera del cabaret? ¿El cartel donde aparece mi foto? ¿Soy la artista exclusiva! (Transición, como Alejandro, muy apenado). Sí... sí... (Transición, como ella) ¿O es que no sabes leer? (Transición, como Alejandro, rápido, muy apenado). Sí, sí, claro que sí. (Como ella). Soy una gran cantante. ¿Y tú? (Como Alejandro). No, no, yo no canto, no sé cantar. (Como ella. Ríe). No, no. Te pregunto por tu nombre. ¿Cómo te llamas tú? (Como él). A...a...Alejandro Ra ra Ramírez. Alejandro Ramírez. (Transición, como ella. Recordando). Me acerqué a ti, Alejandro Ramírez. Me acerqué a ti creyéndote Embajador... Ministro... dueño, tal vez de un nuevo Cabaret. De otro cabaret fuera de este país. De otro cabaret fuera de este país y que me llevaría a mi debut y proyección internacional. (Pausa corta). Pero... pero me hablaste de Turmero. (Transición, como ella, hablando seductora con él). ¿Turmero? ¿Turmero? ¿Y dónde queda Turmero? ¿En qué país? (Transición. Como él). Aquí mismo, en este país. Es un pueblito que está en el interior del país. Un pueblito pobre, pero decente. (Pausa corta. Recordando). Me hablaste de tu mamá. De tu mamá que trabajaba en casa de una familia muy rica. Pero que tu mamá no era sirvienta. Que ahí la consideraban una más de la familia. Que en esa casa de ricos, la querían mucho porque toda la vida había trabajado ahí, desde niña. Pero que igual, tú no querías que siguiese trabajando. Que te la ibas a traer cuando las cosas se

acomodaran. Cuando tuvieras tus propias cuatro paredes. Así dijiste. (Transición, como él). Me la traeré cuando tenga mis propias cuatro paredes. Es que cuando se está arrendado, se anda como los tuminicos. Sí, como esos pajaritos que hacen un nidito y apenas salen a volar, viene un pájaro más grande y se los roba. (Transición, como ella, recordando). Me contaste que ya habías salido del cuartel, que ya habías pagado el servicio militar... que saliste como Cabo Primero con conducta irreprochable. Que ahora estabas haciendo cursos de investigación o yo no sé qué, para el gobierno. Que trabajabas para el gobierno como investigador, algo así. No lo entendí. Sí entendí que vivías de Gradillas a Sociedad, en una pensión. (Ríe). Que te gustaban las películas de vaquero. (Transición, como él). ¿María Cristina? (Respondiendo como ella). Sí. (Como él). ¿Cómo la canción? (Como ella, canta). "María Cristina me quiere gobernar/ y yo le sigo, le sigo la corriente/ porque no quiero que diga la gente/ que María Cristina, me quiere gobernar. (Ríe. Responde). Sí, como la canción. (Pausa. Recordando, como ella). Sonreí y me alejé. Lo dejé ahí, plantado, sin hablarle más. Es... es que yo quería un Ministro... un banquero... un General de la República... (Transición, como si hablara con él). ¿Lo entiendes? (Se escucha música de Sonora Matancera. María Cristina canta y baila La Luna se llama Lola, de Francisco Vighi. Termina de cantar y bailar). Ay, Alejandro... Alejandro Ramírez... aunque yo te ignoraba, tú seguiste viniendo. (Transición. Como él). ¿Tú conoces una canción que se llama Espinita? (Como ella. Despreciándolo). No, no la conozco. ¿No tienes otra cosa que hacer? Por favor, no me molestes. Ahorita estoy esperando a alguien... tengo una cita con un General. Pero tú, tranquilo, respetuoso, sonreías y seguías ahí parado frente a mi mesa. Entonces yo me levantaba y te dejaba ahí. (Ríe). Hasta fuiste una vez a mi camerino. (Como él). Buenas noches, Espinita. Te traje café con leche y pancito dulce, por si no has cenado, Espinita. (Como ella). Salga, por favor, en mi camerino no puede estar. (Como él). Bueno, me voy, aquí en la mesita le dejo el café y el pancito. ¿La puedo esperar para acompañarla a su casa, cuando termine de trabajar? (Como ella. Furiosa) ¡Fuera! (Transición rápida, sonrío, recordando). Y te ibas, pero al día siguiente estabas esperándome. Sonriendo con tu mueca de niño regañado. (Recuerda. Canta "Espinita" letra de Nana Mouskouri).

Suave que me estás matando
 que estás acabando con mi juventud
 yo quisiera haberte sido infiel
 y pagarte con una traición
 eres como una espinita
 que se me ha clavado en el corazón
 suave que me estás sangrando
 que me estás matando de pasión.
 Yo que sufro por mi gusto
 este cruel martirio
 que me da tu amor
 no me importa lo que me hagas

si en tus besos vivo
toda mi ilusión
y que pase lo que pase
este pecho amante
es nomás de ti.
Aunque yo quisiera
no podré olvidarte
porque siempre vas dentro de mí.
Suave que me estás matando
que estás acabando con mi juventud
yo quisiera haberte sido infiel
y pagarte con una traición
eres como una espinita
que se me ha clavado en el corazón
suave que me estás sangrando
que me estás matando de pasión.
Aunque yo quisiera
no podré olvidarte
porque siempre vas dentro de mí.
Suave que me estás matando
que estás acabando con mi juventud
yo quisiera haberte sido infiel
y pagarte con una traición
eres como una espinita
que se me ha clavado en el corazón
suave que me estás sangrando
que me estás matando de pasión
Suave que me estás sangrando
que me estás matando de pasión.

(Deja de cantar y bailar. Se sienta, cansada, triste. Pausa. Transición. Como él).
Dentro de poco me voy a graduar de investigador, de Detective de la Seguridad Nacional. Poco a poco me irá mejor, Espinita. Te invito a pasear por el parque Los Caobos, este domingo. ¿Aceptas? (Como ella. Triste). Yo me burlaba, ¿recuerdas? (Imita locutora). Dímelo con flores, pero de Los Malabares. (Como ella, en situación). Por favor... no me moleste... me espera un Ministro... y... y ahí te dejaba... te daba la espalda... pero siempre volvías... siempre estabas ahí... con un ramito de flores amarillas... La compré en la Floristería Los Malabares, la mejor... me decías. (Ríe. Recuerda). "Dímelo con flores, pero de los Malabares". Así decía la locutora y así te respondí y fue cuando empezaste a traerme los ramitos de flores. (Pausa). Por fin apareció un Ministro para mí. Y con él fui a la isla del General Presidente. Yo... yo me sentía una Reina de Belleza y... mi Ministro... me iba a ayudar. Él me amaba. Amaba mi voz. Amaba mi canto. Amaba mi talento porque lo tenía. Talento, mucho talento tenía. (Se corrige. Molesta). Aún lo tengo. Él me amó, Alejandro. El Ministro me amó en esa isla... pero... pero

se alejaba... se me fue Alejandro. Compromisos, compromisos, compromisos, Alejandro. (Recuerda. Imita a una secretaria). El Ministro tiene compromisos y no la puede recibir. No. No señorita, María Cristina, no sé cuándo pueda volver a recibirla. (Música. Ella baila y canta COSITA LINDA, de Pancho Galán. Música La Sonora Matancera.).

COSITA LINDA

Anoche,
Anoche soñé contigo,
Soñé una cosa bonita,
Que cosa maravillosa.
Ay cosita linda, mamá...
Soñaba,
Soñaba que me querías,
Soñaba que me besabas,
Y que en tus brazos dormía.
Ay cosita linda, mamá...
Anoche,
Anoche soñé contigo...
Soñaba,
Soñaba que me querías...
Vidita,
Tan lindo tu cuerpecito...
Bailando,
Bailando este meneíto...
Anoche,
Anoche soñé contigo...
Soñé una cosa bonita,
Que cosa maravillosa.
Ay cosita linda, mamá...
Vidita,
Tan lindo tu cuerpecito,
Bailando, este meneíto,
Ay merencumbé pa bailar...
Anoche,
Anoche soñé contigo,
Soñé una cosa bonita,
Que cosa maravillosa.
Ay cosita linda, mamá...
Vidita,
Tan lindo tu cuerpecito,
Bailando, este meneíto,
Yo sé que lo me dirás...
Anoche,
Anoche soñé contigo...

Vidita,
Tan lindo tu cuerpecito...

Anoche,
Anoche soñé contigo...

Vidita,
Tan lindo tu cuerpecito...

Anoche,
Anoche soñé contigo,
Soñé una cosa bonita,
Qué cosa maravillosa.
Ay cosita linda, mamá...
Soñaba,
Soñaba, que me querías,
Soñaba, que me besabas,
Y que en mis brazos dormías.

Ay cosita linda, mamá...

Vidita,
Tan lindo tu cuerpecito,
Bailando, este meneíto,
Ay merencumbé pa bailar...

Anoche,
Anoche soñé contigo,
Soñé una cosa bonita,
Que cosa maravillosa.

(Pausa). No volví a ver al Ministro. No se dejaba ver. Luego, al tiempo, apareció un Senador... y me amó... y me prometió... y amaba mi voz... pero... después... después compromisos, compromisos, compromisos. Tampoco me recibió más. Seguí cantando, bailando en el Cabaret, y la gente me admiraba, me aplaudía y... apareció un Embajador, y me amó, y me llevaría por el mundo, cantando, triunfando. El Embajador también me llevó a la Isla... y había un baile de gala... y yo estaba de su brazo. Él sí, él sí me amaba. Y en la fiesta, el General Presidente me miró. Me miró, te lo aseguro, me miró y me sentí grande, así, grandísima, como si yo fuera todo el país. (Pausa. Transición. Como una secretaria). Lo lamento, señorita, el Embajador no la puede recibir. No creo que la vuelva a recibir. El Embajador partió en una misión diplomática. No, no sabemos señorita, cuándo va a regresar. No. No dejó nada dicho para usted. (Transición. Pausa). Hasta que por fin, apareció para mí, un General. Ellos mandaban más que los Ministros, que los Senadores, que todos. Él tenía muchas, muchas medallas. Claro, no era como el General Presidente. El General Presidente tenía más medallas, mandaba más. Pero este mandaba también bastante, hasta me invitó a un desfile en Los Próceres. Claro, él no se sentó conmigo, sino con los Generales. Pero qué importaba. Los soldados desfilaban y yo me sentía como... como... la que fue novia del Libertador Simón Bolívar... este... este... ajá, Manuelita Sáenz. Así me sentía. Me sentía como... como la madrina de todos los soldados... como una...

Libertadora que cantaba, que bailaba. (Pausa). Pero el General se alejó también. Ni siquiera de la puerta del cuartel me dejaban pasar. Los... los soldados... los de la puerta del cuartel... me veían y se reían... se reían... se burlaban... y no, no, yo no era una Libertadora que cantaba, yo no era grande como un país... no... no... yo lo que era, yo era noventa y seis escalones de mi barrio, noventa y seis escalones por donde corrían los orines, las aguas sucias, hediondas, eso era yo. Eso. Y... en el Cabaret, no me dejaron cantar ni bailar más. Estaba preñada. Ya se notaba. Recogí mis trajes de baile del camerino y... y... y ahí estabas tú... tú con tu Turmero en la sonrisa... con tu ramito de flores en las manos... y... y te dije que sí y terminé cantando en el cerro del barrio El Amparo, en el rancho que levantaste para mí con tus propias manos. (Transición. Recordando, como él). No me importa, señorita María Cristina. No me importa que esté perjudicada... yo la quiero. Yo la amo. Yo estoy enamorado de usted. Su hijo será como un hijo para mí. Ya verá que seremos felices y poco a poco saldremos adelante. Yo voy a ahorrar y paso a paso ya verá que nos mudaremos a un apartamentico. Tengo en mi cabeza grandes negocios. Voy a tener mi propio negocio. (Pausa. Transición, como ella. Recordando). Y no te graduaste de detective. Te saliste y empezaste tu propio negocio. Compraste un molino, pequeño, para maíz. Y molías maíz para arepas y machacabas chicharrón y te ibas al mercado temprano a vender tus arepas. Pero no alcanzaba. No se vendían todas. Entonces fue que se te ocurrió vender el molino y comprarte una máquina para hacer raspado y un carrito y salías a vender. (Cómo él) Ya verás, Espinita, cuando se trabaja con hielo, con agua, todo es ganancia. (Como ella). Fuiste vendedor de arepa, vendedor de raspado, vendedor de medias para caballeros en el mercado. (Ríe) Hasta barbero fuiste. Pero igual, no alcanzaba. No alcanzaba para nada y yo casi para parir. Entonces, un día, llegaste muy serio y me dijiste. Fui a la policía. Me van a dar otra oportunidad. Ganaré un sueldo y cobraré quince y último. Es más de lo que gano como vendedor. Trabajaré en los sótanos de la Seguridad Nacional, donde tienen a los presos. Limpiando los calabozos, pero eso es por ahora. Lo importante es que ya esté adentro, eso me dijeron. Después me darán el chance como agente y si las cosas siguen bien, terminaré mi curso de detective. Mira, ya tenemos un sueldito, ya verás que saldremos adelante y... y... compraste la cuna... y los teteros y... le pusimos a nuestro hijo José Gregorio y... yo... yo fui feliz, Alejandro. Te lo juro. Por primera vez en mi vida, fui feliz. Te amé... te amo. Cantaba ahora solamente para ti y para José Gregorio y yo era feliz. Y... luego... llegó ese día... ese día en que afuera... afuera de nuestro rancho... cientos y cientos de personas gritaban: "Sale, esbirro. Esbirro del General. Sale antes que te quememos el rancho con toda tu familia adentro. Sale, maldito, la dictadura cayó y todos los de la Seguridad Nacional van a morir. Sale ya, maldito." Y... y... no salgas Alejandro, deja que salga yo y les explique que tú solo limpias calabozos, que tú no eres ningún torturador. Ellos tienen que entenderlo. Esa gente no sabe nada, están azuzados por unos vecinos envidiosos. Envidian el corralito del niño, envidian la cocina de kerosene de dos hornillas, el perolón de agua y los pañales nuevos de José Gregorio secándose al sol... "Esbirro... esbirro..."

esbirrooooo". Era como si todo el país te gritara. Entonces, entraron ellos... te sacaron... te perdiste entre sus pedradas... entre sus patadas... entre sus cabillazos... entre sus puños y sus gritos y... y no te volví a ver, hasta que saliste en el periódico, en el suelo, y un gentío delante de ti que te arrastraba por los pies... Y me dolió todo... todo... como si esa isla a donde iba, a donde me llevaban, me exprimiera los senos, me los chupara con una boca llena de cuchillos. Alejandro... Alejandro mi Embajador de Turmero. Alejandro mi Ministro de ramito de flores. Alejandro mi General cargador de latas de agua para nuestro rancho. ¿Por qué te llevaron, mi Alejandro? ¿Por qué te arrastraron si tú nunca tuviste una isla y mucho menos un país? Tú solo tenías a nuestro hijo, y a mí, a tu María Cristina. Tú solo me tenías a mí, a la Espinita de tu corazón. (Del fondo salen dos señoras muy bien trajeadas. Una de ellas observa molesta a María Cristina. Esta, apenada, se quita rápidamente el abrigo y se lo devuelve. Al quitarse el abrigo, podemos ver que María Cristina tiene un uniforme gris que dice atrás "PERSONAL DE LIMPIEZA"). Perdón... perdóneme señora... no le diga nada al dueño de esta discoteca... por favor... se lo suplico... si él sabe que me puse su abrigo, me botaría. Necesito este trabajo. Me lo puse porque una vez, hace muchos años, yo también tuve un abrigo bien bonito. No como el suyo, claro, el suyo es más bonito. Fui cantante... cantante famosa... hace años... muchos años... perdóneme por favor. (La señora del abrigo, cargándolo con asco, sale. La otra señora va a salir, se devuelve, y deja caer en un platico para propina, unas monedas. Luego sale. María Cristina agarra un coleteo y comienza a limpiar el piso. Habla por lo bajo). Ladies and gentleman, damas y caballeros... ahora les cantaré mi gran éxito... (Mientras coletea, canta, "Mis Noches sin ti", versos de María Teresa Márquez y música de Demetrio Ortiz).

Sufro al pensar que el destino logró separarnos,
guardo tan bellos recuerdos que no olvidaré,
sueños que juntos forjaron tu alma y la mía,
en las horas de dicha infinita que añoro en mi canto,
y no han de volver.

Hoy que en mi vida tan sólo quedó tu recuerdo,
siento en mis labios tus besos, dulce y vapor?,
tu cabellera sedosa acaricio en mis sueños,
y me estrechan tus brazos amantes al arrullo suave
de tu kunu'?

Mi corazón en tinieblas te busca con ansia,
rezo tu nombre pidiendo que vuelvas a mí,
porque sin ti ya ni el sol ilumina mis días,
y al llegar la aurora me encuentro llorando
mis noches sin ti.

(Apagón lento).

CAZADORES DEL ARCA PERDIDA

(Cerro destruído por un deslave producido por las lluvias y que ha ocasionado que los ríos se hayan salido de sus cauces. Ese cerro era habitado por un barrio muy pobre.

El cerro ahora es todo barro. Desde adentro del barro despuntan, destruídos, techos de viviendas muy pobres, así como también restos de una humilde cocina, una mesa, un cochecito de niño, el vértice de un colchón destripado, ollas abolladas, latas, grandes piedras. Estos objetos sobresalen en algunas de sus partes.

Al fondo una pantalla donde se proyectará un inmenso aguacero que va destruyendo viviendas muy pobres de ese cerro y un río de barro que va arrastrando personas y objetos.

Escuchamos el caer de una tempestad. En la pantalla del fondo se comienza a proyectar el deslave de un cerro y vemos gente arrastrada por inmensas olas de barro, así como también casas muy pobres que van siendo barridas por la feroz corriente de las aguas. Se escuchan gritos de dolor y auxilio. La proyección cesa. Se ilumina el escenario y, abajo, como naciendo de las entrañas del barro, sale Gladys, casi asfixiada. Gladys logra respirar. Mira hacia arriba. Comienza a arrastrarse tratando de alcanzar la cumbre del cerro. Una vez ahí, se logra poner de pie con dificultad y comienza a mirar al horizonte y a la parte baja del cerro).

GLADYS: Llegué. ¡Llegué! He vencido de nuevo. (HABLA HACIA EL BARRO). Sigán subiendo, hijos míos. Aquí los estoy esperando. (SE AGACHA Y RECOGE UN CEPILLO DE CABELLOS, EMBARRADO. AHORA BUSCA ENTRE EL BARRO Y CONSIGUE EL RESTO DE UN PEQUEÑO ESPEJO. SE PONE DE PIE Y SE PEINA CON COQUETERÍA, MIENTRAS SE MIRA AL ESPEJO. AHORA HABLA NORMAL, CASI FESTIVA) Me encanta cuando mis cabellos caen sobre mi frente y yo les aparto el barro como lanzando plata lisa y fina y delicada al firmamento. (GUARDA ENTRE SU VESTIDO EL CEPILLO Y EL ESPEJO Y VUELVE A HABLAR AL BARRO) Qué pasa, Juan, hijo mío, no tardes tanto. Qué sucede, María, hija querida, debes darte prisa en llegar hasta acá arriba. Suban rápido desde el fondo del barro. Vamos, apúrense. Esperemos aquí los acordes finales, el The End, al final de nuestra película de cada día. ¡Vamos, hijos míos, vuélvanse a salvar! Eso se espera de nosotros. Vamos, apúrense, hijos míos, sólo falta la escena cuando ustedes lleguen y nos reunamos y en cámara lenta nos abracemos todos y miremos a cámara, en plano medio y sonrientes. (CORRE HACIA UN LADO Y SE AGACHA Y ABRE UN PEQUEÑO HOYO EN EL BARRO Y LE HABLA) Aguanta, Juan, ya falta poco, que no te detenga ningún deslave de la tierra. (CORRE HACIA OTRO SITIO. ABRE OTRO HOYO. SE ACUESTA. COLOCA LA OREJA EN EL BARRO. ESCUCHA. SE AGACHA MOLESTA. HABLA AL HOYO QUE HA ABIERTO) ¿Qué te pasa, María? ¿Por qué lloras? ¿Acaso, hija mía, crees que esta es una película romántica? No, María, la nuestra es una película de aventuras y nosotros somos los protagonistas. No llores, hija mía, que eso no está escrito en el libreto. ¡No llores! ¡Esta aventura tiene un final feliz!

¡Un gran final feliz! El llanto es para los perdedores, el llanto está prohibido a nosotros los héroes de las películas de aventuras. El llanto no se hizo para los héroes y tú, María, hija mía, y tú, Juan, hijo mío, y yo, Gladys, su madre, lo somos. Vamos, María, hija mía de mi alma. Ánimo, María, miniatura de la noche lunada de este cerro. María, pequeña, almibarada de estrellas, ven a mí. Guíate por mi voz. Ven. Te tengo una sorpresa, María. ¡Encontré un cepillo! Apúrate. Quiero peinarte, María, porque tú tienes guardada mi risa entre tus cabellos. (CORRE HACIA EL OTRO HOYO QUE HA ABIERTO EN EL BARRO, SE AGACHA Y LE HABLA) Aguanta, Juan. Aguanta, Juan, sólo un poco. Los héroes siempre llegamos al final, somos los buenos de esta película. Tú estarás a mi lado, Juan, tú eres el hijo de la heroína, el coprotagonista. Sal ya de este barro y siente el aire. (SE LEVANTA. RESPIRA HONDO. TRANQUILA) Juan, hoy el aire está vivo y hondo. (SE AGACHA Y VUELVA A HABLAR AL HOYO. FELIZ) Sal ya debajo de ese barro, Juan, porque después de esta lluvia de tres días, la vida está más fresca. Juan, negro y blanco de mis ojos, déjame que te vea. Juan, gusto y dulzura de barro en el remolino de mi vientre, termina de salir. (CORRE HACIA EL OTRO HOYO Y LE HABLA) Y tú, María, hija mía, basta de llanto. Tú eres la estrella invitada de esta película. Ahora no lo entiendes porque sólo tienes diez años, pero cuando crezcas, María, cuando cumplas veinte años, te quedarás con el galán de la película y vivirán felices para siempre después del beso final. Ten fe, María. Ten fe porque Dios habita en Hollywood y jamás se equivoca. Apúrate, María, no te quedes ahí abajo, porque al crecer te espera el beso final, el zoom in sobre tu rostro, el fundido donde irás en limusina blanca, de lujo, que te paseará por Madrid, París o Nueva York. Vamos, seca tu llanto, María, acuérdate que los productores son muy estrictos y no quiero que corten las gloriosas escenas que te esperan. Vamos, sal ya, María, debajo de ese barro. Mira, tengo otro regalo para ti. Adivina. No, no, María, no es un caballo de madera verde, no. Es un espejo. Sí, es para ti. Es un espejo para que puedas ver toda la luz y la ternura de tu rostro de diez años. María, María, jazmín fragante, estrella descolgada del cielo moreno de mis pechos, sal ya de ese barro. (CORRE HACIA EL OTRO HOYO Y LE HABLA) Juan, Juan, hijo mío, despierta. Despierta, Juan, no vuelvas a dormirte, no dejes que te arrulle la nana de esta tierra empapada y pastosa. Es una trampa, Juan, no caigas en ella. Vamos, Juan, despierta, porque tú eres el heredero de toda esta comarca de fango. Tú debes seguir este camino de héroes. Abre los ojos, Juan, porque es tu deber triunfar sobre todos los deslaves y avalanchas con los que nos ha bendecido la naturaleza en estos cerros. Tú, Juan, no debes detenerte por nimiedades infantiles. Sí, infantiles, ¿acaso no te das cuenta que se llama el efecto de El Niño? Sí. Este deslave no es más que un efecto especial que se inventaron los productores para que nuestro horror sea un éxito de taquilla. No importa el agua ni el barro que tragues, Juan, pues en la edición de la película siempre saldrás triunfante, bien maquillado y glamoroso. Sigue nadando, Juan, bajo este barro, sigue, a ti te toca rescatar la esmeralda perdida de nuestros desasosiegos. Somos los últimos sobrevivientes del Diluvio Universal, somos la negación de Noé, pues en estos barrios nunca nos hizo falta

su Arca. Somos más fuertes que esa Arca de maderas podridas, pues no necesitamos de palomas que nos traigan hojas de olivo para saber que ha dejado de llover. Nosotros tenemos perros que en su boca traen el resto de una mano del niño del vecino o el resto del pie de la niña de la vecina. ¡Qué vuelen los perros, Juan! ¡Qué vuelen con su costillar tan flaco como el nuestro y que comiencen a traernos los restos de las personas de este barrio! No quiero excusas, Juan. No quiero que me vengas ahora con que tienes apenas cinco años. No, Juan, tú eres un héroe. Aguanta, Juan, aguanta héroe de derrumbes y deslaves, héroe que baraja y le gana en caída y mesa limpia a los designios del destino. Juan, héroe que se interpone a los enemigos que se ocultan para que no podamos encontrar las Minas del Rey Salomón. Aguanta, Juan, no te mueras, te digo que aguantes. Tú puedes, tú puedes, porque apenas te parí, te enseñé a respirar bajo un charco. Apenas saliste de mi vientre yo te hundí la cabeza bajo el barro y conté hasta diez. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho nueve y diez. Y te saqué la cabeza y tosiste y me miraste con tus ojos mansos y de seguidas relampagueó tu sonrisota donde se quebraron todas las tempestades de la tierra. Enseguida supe que eras un buen prospecto para protagonizar esta película. Me dije, Juan sí sobrevivirá a las inundaciones. Este niño sí, él es un héroe. Entonces te besé, Juan, te besé, y tú guardaste mis besos entre tus ojos enlodados. Cuando cumpliste tu primer año te enseñé a disfrutar de los ríos de orine que corren desde nuestro cerro para abajo. Fuiste precoz, Juan, porque nomás a los dos años aprendiste, por ti solo, a alimentarte de los despojos en el basurero de allá abajo. A los tres, detuviste con tu pie, las latas herrumbradas que rodaban y las convertiste en tus juguetes preferidos. Eres mi orgullo, Juan, porque nunca te has quejado. Eres el niño más fuerte de este barrio. Eres el niño del brazo derecho quebrado y vuelto a construir con ramas y yerbas. Eres el niño con borra de café en la frente para detener la hemorragia que te causó una roca. Y así, a tus cuatro años, ya eras Juan el niño biónico. Juan, te cuento un secreto. Las madres de este barrio me envidian. Sí, te lo aseguro, ninguna ha tenido un niño tan fuerte como tú. Ninguno de sus hijos ha resistido. ¡Aguanta, carajito! Disfruta del barro en tus entrañas, que te arda el fango en el pecho al respirar. ¡Que te arda todo este barrio en los pulmones, pues si tú respiras y resistes y te salvas, este barrio se volverá a levantar como todos los años! (PAUSA. ALGO LE LLAMA LA ATENCIÓN EN UNA PARTE DEL BARRO. GATEA. SE ACERCA A ESE ALGO Y DESENTIERRA UNA FOTO DE UN HOMBRE, ENMARCADA. LA OBSERVA. LA ABRAZA) Carlos, Carlos. (AL HOYO DONDE LE HA HABLADO A JUAN) Sí, sí Juan, es la foto de tu padre. (COMO SI LE CONTESTARA A JUAN) Claro que lo amé, pero no quiero pensar en él. (COMO SI LE CONTESTARA AL HOYO) ¿Qué por qué? Primero, porque no tengo tiempo para recordarlo y segundo no le perdono que el año pasado se haya ido dejándome embarazada de tu hermana Carmencita. Además, Carlos no era de esta casta de héroes que somos nosotros. El no era de esta ralea de inmortales, de protagonistas perpetuos de derrumbes y redadas policiales. Y eso que apenas nos casamos, yo le enseñé todo, como a ti. Le enseñé que el hambre es el anonimato y por lo tanto no debía quejarse. Le instruí que la enfermedad

no es una cualidad de nosotros, los héroes de este barrio. (COMO SI LE CONTESTARA AL HOYO) Es verdad, eso es verdad. Era muy inteligente, eso sí. No lo voy a negar. Era un artista. Era diestro en el arte de arrebatarse carteras cabalgando en una moto. Era un contorsionista insigne a la hora de inclinarse como El Llanero Solitario sobre Plata, para evitar los disparos de la policía. El dominó el arte de convertirse en gato para ir de tejado en tejado e introducirse por los balcones de los malos y una vez adentro cargar con un Dvd, dos televisores, seis celulares y un vhs. Pero hasta ahí. Luego se confundió. (COMO SI LE CONTESTARA AL HOYO) Sí, se confundió por ambicioso. (COMO SI LE CONTESTARA AL HOYO) No, no lo defiendas, Juan. Tu padre era un ambicioso y por ello cedió a las tentaciones de otro estudio cinematográfico. Entró en un film de cuello blanco y corbata y no supo que el elenco de esa película ya estaba completo. No lo supo y en el último minuto de rodaje, ese cuello blanco y esa corbata que le quedaban grandes, fueron un blanco perfecto, una diana iluminada para que las balas de la policía le apisonaran la cara. ¡Y eso que yo se lo dije! ¡Yo se lo advertí! (TRANSICIÓN. SE PONE DE PIE Y SE ENFRENTA AL RETRATO COMO SI HABLARA CON CARLOS) ¡Carlos, no! No, Carlos, que no y no. Entiende, Carlos, la cocaína no es un buen negocio para nosotros. Eso no es para este barrio. La cocaína ya tiene sus protagonistas. La cocaína es una película de lujo. Es una película con ocho bandas de sonido Dolby, pantalla súper panorámica, casting de figuras internacionales, una superproducción con apoyo empresarial y gubernamental. No, no, no, Carlos. Entiéndelo. Nosotros... nosotros tal vez podamos atracar una carreta de la West Fargo. Quizás logremos asaltar el tren que va hasta Texas y robarnos las carteras y relojes de los pasajeros. A lo mejor hasta podemos cabalgar con nuestras alforjas llenas de oro por territorio Cheyenne. Posiblemente alcancemos a cruzar el desierto de Arizona con las cantimploras vacías, perseguidos por coyotes, revoloteados por zamuros y con una sola bala en el revólver Colt, pero hasta ahí. Todas las demás películas son heroicidades que le corresponden a Rambo, a Terminator, a Matrix, y contra esas superproducciones no hay quien pueda. Cocaína es una película para la cual no fuimos invitados. No... (LLORA) No. Vamos, Carlos, levántate y anda. Beso la sangre que ahora son tus ojos para que vuelvan a ser de aguamarina. Levántate de esa calle donde estás tirado, Carlos, y vuelve abrir tus ojos azules donde mi alma navega. Levántate, Carlos, tienes que hacerlo porque apenas falta una semana para que nazca Carmencita y quiero que ella se acune en tus fuertes brazos. Levántate, por favor, Carlos. Hazlo ahora que nuestro barrio se va deslavando por los filos del agua, por los légamos de barro. Levántate ahora que nuestro barrio va gastándose por un cauce que no concluye ni empieza. Levántate antes que nuestras vidas se vayan también deslavando, rosa a rosa y piedra a piedra. Levántate, Carlos, no sigas tirado en esa calle, vamos, levántate, vuelve de ese deslave cansado que es la muerte. (PAUSA CORTA. BESA LA FOTO) Tu sangre huele a lunes, Carlos. (SE REPONE DEL LLANTO INMEDIATAMENTE. COMO SI LE CONTESTARA AL HOYO) No. (PAUSA CORTA) Tu padre no me hizo caso, Juan, y ya lo ves, él fue sacado de todos los elencos para

siempre. (COLOCA, CON CUIDADO, DELICADAMENTE, LA FOTO CERCA DEL HOYO DONDE PRESUME ESTÁ JUAN) Ahí te dejo la foto de tu padre. Si la quieres, ven por ella. Arriba, Juan, hijo querido, sal ya y mira esta brillante mañana que te espera. Juan, no sigas ahí abajo, porque el día pasa rápido y el mañana es tan sólo el hoy muerto. Vamos, Juan, comienza a sacar dedo por dedo y sal de ese barro y extiende tus manos para coger el sol. (VA HACIA EL HOYO DONDE PRESUME ESTÁ MARÍA. SE AGACHA. ESCUCHA. SE SIENTA Y SONRÍE, SATISFECHA) Ya dejaste de llorar, María. Así me gusta. Sabías que no me ibas a dejar como lo hizo el año pasado tu recién nacida hermana Carmencita. (PAUSA CORTA) Te cuento un secreto, María. Escucha. Tu hermana Carmencita era una maga muy sabia. Sí, una maga sabia, porque nació ya sin tener el dolor de llorar a Carlos, a su papá. Una maga porque apenas nació se quedó mirándome con los azulejos de sus ojos y en ellos lo vi a él, diciéndome, no la mimes mucho porque a Carmencita me la llevo pronto. Con apenas tres meses de nacida, que maga tan sabia era tu hermana Carmencita. Me azulaba con sus ojos como diciéndome no me quieras mucho, no soy una heroína como tú. Sí, una Maga, ella lo sabía, lo sabía, qué importaba que solo tuviese siete meses, pues ella se quedó quieta, quieta, muy quieta, como para que no la descubrieran bajo el barro los bomberos. (ESCUCHA Y RESPONDE COMO SI MARÍA LE HUBIESE HABLADO) Claro que le enseñé igual que a ti. Le susurré al oído. (TOMA UN TRAPO. SE LEVANTA. AGARRA EL TRAPO COMO SI ACUNARA A CARMENCITA. TRANSICIÓN. CANTA UNA NANA Y ENTRE CANTO Y CANTO LE HABLA AL TRAPO COMO SI FUESE CARMENCITA) Mira Carmencita, aprende esto. Cuando venga un nuevo deslave, cuando el barro te bañe y te cubra de bendiciones, tienes que hacer movimientos cortos con los pies y las manos. Movimientos cortos para que no te canse la pared de barro que se te ha venido encima. Movimientos cortos, pausados, para que los bomberos sepan que estás bajo el derrumbe. (PARA SI) Yo le agarraba las manitas y se las subía y se las bajaba. Le agarraba sus piernitas y se las subía y se las bajaba. (PAUSA CORTA) Pero nada. Ella siempre indiferente. Ella, azulándome y azulándome con sus ojos, nada más. Me miraba como diciéndome un no quiero... un yo me voy con mi papá. (PAUSA CORTA) Y así lo hizo. (PAUSA CORTA) Yo estaba ese día allá abajo cuando escuché el primer trueno. Yo estaba allá abajo cuando oí el crujir de las médulas de este monte. Yo estaba allá abajo cuando nuevamente se abrió el cielo y cayeron los goterones del aguacero. Y... comencé a subir. Y llegué. Y triunfé otra vez. Y de nuevo no teníamos casa. Y Carmencita había sido ya arrastrada y hasta la lluvia de hoy no he vuelto a saber de ella. (SE AGACHA Y ENTIERRA EL TRAPO. PAUSA. SONRÍE. CAMINA Y OBSERVA A DIFERENTES PARTES DEL BARRO) Pero no lloro a la Carmencita. No. No lloro a tu hermana, porque sé que sigue aquí en las entrañas de este cerro. No, no la lloro, porque sólo se cambió de barro, eso es todo. (SE ESCUCHA UN GRAN TRUENO Y SE COMIENZA ESCUCHAR UNA LLUVIA QUE CAE, PERTINAZ. BAILA. FELIZ) ¡Comenzó todo de nuevo! ¡Ya se escucha el rumor del río arrastrando piedras y grandes olas de barro para abajo! ¡Arriba, María! ¡Arriba Juan! Suban que ya comienza de nuevo la fiesta del fango. Vamos, vengan, que ya se inicia la danza de los techos

de zinc y de cartón, el pasodoble de puertas y ventanas arrancadas de sus goznes, el tango de piedras y de ahogados, la salsa brava de cabezas y brazos desprendidos, la mazurca de cocinas y latas y colchones destripados. Hay música para todos los gustos. ¡Este baile es mundial y aquí cabemos todos! ¡Ánimo! ¡Animo que pronto vendrán los bomberos por nosotros! ¡Vamos, así me gusta! ¡Rían! ¡Rían! ¡Porque por la risa también podrán encontrarlos! ¡Vamos, Juan, María, sigan riendo! ¡Así me gusta! ¡Muy bien! ¡Ahora rían a carcajadas! ¡Así! ¡Así! ¡Rían y rían! ¡Estos son mis muchachos! ¡Muy bien! ¡Muy bien! (EL SONIDO DE LA LLUVIA TORMENTOSA SE VA INTENSIFICANDO) ¡Así! ¡Así! ¡Rían! ¡Rían! ¡Esta aventura vuelve a tener un final feliz! ¡Los héroes siempre llegamos al final! ¡Somos los buenos de la película! ¡Aguanten, Juan y María! ¡Sigam riendo! ¡Rían! ¡Rían! ¡Rían que allá vienen los bomberos y cargan sobre sus uniformes embarrados la palabra Fin, el esplendoroso The End de esta película! ¡Allá vienen! ¡Allá vienen! ¡Rían! ¡Rían!

GLADYS CONTINUA YENDO DE UN LADO A OTRO DE LOS HOYOS GRITANDO "RIAN" "RIAN", MIENTRAS SE VUELVE A ENCENDER LA PANTALLA DE PROTECCIÓN. VEMOS EN LA PANTALLA INTENSA LLUVIA Y UN GRAN DESLAVE QUE ARRASTRA PERSONAS Y CASAS. EL SONIDO DE LA LLUVIA, LOS GRITOS DE AUXILIO Y EL ESTRUENDO DE LOS RIOS INUNDÁNDOLO TODO, VA SUBIENDO DE INTENSIDAD HASTA QUE NO SE OYEN LOS GRITOS DE "RIAN", "RIAN", QUE, DESESPERADAMENTE, PROFIERE GLADYS.

TELON.

Néstor Caballero. Correos electrónicos: nestorcaballero@cantv.net y cabanestor@gmail.com

Todos los derechos reservados
Buenos Aires. 2012

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral
Buenos Aires. Argentina. www.celcit.org.ar
Correo electrónico: correo@celcit.org.ar